

PRIMERA PARTE

No hay azar, solo encuentros.

PAUL ÉLUARD

I

Barbara es tan gris como la nieve pisada por los coches.

Acurrucada como si quisiera desaparecer, la joven no entiende por qué las demás quieren que se quede. No son sus amigas. Les da igual saber quién es ella y por qué no puede quedarse. Pero ellas insisten. Por educación, seguramente. Tal vez por compasión. Para seguir riéndose a su costa.

—Lo siento mucho, pero tengo que marcharme.

—Pero ¿no quieres tomar algo con nosotras? ¡Hay que celebrar que tenemos el título!

—Otro día. Mamá me espera.

—«¡Mamá me espera!» —se burlan sus compañeras, imitándola—. Pero anda ya, ¿cuántos años tienes?

Veinticuatro años. Hoy. Pero Barbara se cuida mucho de contestar. Eso solo daría pie a más burlas. Seguramente no es muy habitual salir pitando para no decepcionar a su madre o que a su edad aún le gusten las muñecas. Ninguna de las chicas que están con ella puede saber hasta qué punto el título que acaba de conseguir es toda una hazaña. Una pequeña victoria sobre ella misma porque, al fin, Barbara ha conseguido hacer algo en la vida. Se lo debe a sí misma y a su madre, que le dio permiso para inscribirse en ese curso. Hay que decir que lo que la convenció fue la perspectiva de un salario adicional.

—Bueno, tengo que hacer unos recados. Adiós.

—¡Sí, claro, vete con mamá!

Sus jóvenes compañeras se ríen como hienas, pero Barbara no le da importancia a pesar de la mirada inquisidora que le han dedicado todo el año. Está claro que no tiene el aspecto de una profesional de la belleza, pero las buenas notas que ha sacado en el

examen deberían bajarles los humos. Ella no ha robado su diploma de esteticista. Es suyo. Es el pasaporte hacia otra vida, es un poco más de libertad.

Barbara acelera el paso. El frío le muerde los dedos de los pies, las suelas de sus zapatos son demasiado finas; las tiendas van a cerrar y tiene que ir a buscar los regalos que ha decidido hacerse por su cumpleaños: una foto y una muñeca.

Desde la llegada de la era digital los fotógrafos escasean. El más cercano que ha encontrado está a veinte minutos de la academia. Quince, si se da prisa. Se mueve rápido en la oscuridad, las manos en el fondo de los bolsillos del abrigo raído de treinta euros que estrenó hace cinco años. Es una sombra que se desliza y que casi no se ve, transparente y casi tan fría como los copos que se le pegan a los ojos y a la nariz. Su empeño la empuja. ¡Tiene derecho a hacerse regalos! Tiene derecho a gastarse como quiera el poco dinero que le da su madre. Esta es su tarde, por mucho que su madre se enfade: peor para ella. Barbara tendrá su foto y su muñeca.

Casi sin aliento, entra en la primera tienda. Un olor intenso hace que le pique la nariz. Se la tapa y aprovecha para sonarse.

—No se preocupe, es el olor de los reactivos del revelado. Por eso le pica la nariz. Buenas noches, señorita.

Barbara se siente incómoda. ¿Habrás visto que se le caían los mocos?

Se sonroja a su pesar y consigue farfullar algo.

—Bu... buenas noches, señor. Sí, huele un poco fuerte, pero no es nada desagradable.

—Muy amable, señorita —sonríe el hombre con gesto complaciente—. A mí este olor me encanta. Aunque pertenezca al pasado. Seguramente es por eso. Es de otro tiempo, como yo. De un tiempo donde la paciencia o la espera eran deliciosas, no era necesario disparar cien veces a una sonrisa para encontrar una perla. Un tiempo donde la fotogenia no era cuestión de probabilidades.

Barbara baja la cabeza. No sabe qué decir. Se siente culpable por pertenecer a esta generación del usar y tirar, responsable de que la obsoleta tienda del viejo acabe cerrando. Por otro lado, se siente incómoda cuando la gente habla de sí misma o parece pedirle su opinión. No sabe entablar conversación, no tiene esa facilidad. Lo que dice siempre cae mal y prefiere callarse.

—Bueno, no quiero aburrirla con mis historias, sé que soy un pesado —suspira el vendedor—. Viene a recoger su foto, la tengo presente. Recuérdeme su apellido, por favor.

—Bilessi.

—Bouchain. Beyer. ¡Bilessi! Aquí está.

Barbara coge el sobre y lo abre con meticulosidad, mira atentamente para cerciorarse de que no hay error y sonrío.

—¡Es esta! Se la dejé pagada.

—Sí, señorita, todo en orden.

El hombre intenta continuar la conversación pero ella se da media vuelta y se despide haciendo sonar las campanillas de la puerta. Una corriente helada hace temblar al viejo, que se apresura a calentarse cerca de sus anticuadas máquinas.

La joven está contenta. Esta foto es muy importante para ella. Es la única que tiene de su padre. Papel brillante. Pasado perfecto. Ella tiene seis años y su padre la sujeta por los hombros. Él mira al objetivo riéndose. Era antes de que él dejase de mirarla. Después él se marchó. Después, nada fue como antes. Nada. Presente complicado. Futuro incierto. La joven sacude la cabeza para secarse las lágrimas y aligera el paso. Faltan diez minutos para que cierre *Doll's Paradise*. Puede llegar, pero no debe perderse en sus recuerdos porque la retrasan.

Las luces de la tienda aún están encendidas a pesar de que ya es más de la hora de cierre. ¡Es su día de suerte!

—¡Cómo me alegro de que aún tenga abierto!

Barbara se ilumina. Este es su feudo, su paraíso. El lugar donde solo importan sus sueños de niña.

—Me dijo que vendría, y la he esperado.

—¡Muchas gracias, señora!

—De nada, querida. Veamos, ¿cuál de ellas se lleva hoy?

La mujer acompaña las palabras con el gesto de abrir los brazos hacia un centenar de muñecas de porcelana dispuestas apretadamente unas contra otras. Las hay blancas, negras, coquetas, emperifolladas. Algunas tienen la mirada fija de mujer fatal, con ese misterio que atrae a los hombres en busca de aventura. Otras tienen los párpados medio bajados, un poco pícaros, como los de la niñas traviesas. Barbara está nerviosa ante la elección. Sin embargo, no duda ni un instante. Hace meses que está ahorrando, que pasa

frente al escaparate para comprobar que la elegida sigue allí, que deja que ella la mire. Esa muñeca tiene una particularidad muy importante: es la primera que consigue regalarse con su dinero.

—¡Esta!

La dependienta mira en la dirección que señala el dedo. Su cara se ilumina con una sonrisa de aprobación.

—Excelente elección. Se llama Sweet Doriane. Es una obra magnífica. ¡Mire sus labios perfectamente perfilados! ¡Y la expresividad de sus ojos! —dice bajándola de la estantería—. Su vestido es de seda natural y encaje de Calais. Usted sabrá mimarla, ¿verdad?

La dependienta ha dado un paso atrás, abrazada a la muñeca como para asegurarse de que la adoptante reúne todos los requisitos para ocuparse de su pequeño tesoro. Barbara sonríe. Le gusta tener que demostrar sus cualidades de mamá de porcelana.

—¡Sí, sí señora! ¡Como si fuera mi propia hija! —exclama.

—Bueno, bueno. Entonces en ese caso es suya, querida. Por otro lado, mirándola bien, creo que se le parece.

La mujer tiende la mano. Barbara le da los billetes. Es el importe exacto, acumulado euro a euro, sisado de los cambios de la compra, ahorrado de su dinero. La dependienta cuenta, sonríe y envuelve a Sweet Doriane en papel de seda y se la entrega a su nueva propietaria antes de darle al interruptor y dejar la estantería en penumbra. El mensaje es claro. Una vez hecha la transacción, la tienda ya puede cerrar.

Barbara se pregunta si se puede ser más feliz que en este preciso momento. Abraza ese tesoro contra su pecho y tiene la sensación de que el objeto la reconforta. La muñeca es ligera como una nube. Una rápida mirada al reloj: llega tarde. Su madre le va a montar una escena. Le va a estropear su fiesta. Tiene que darse prisa. La joven acelera el paso, cruza el parque que a menudo le sirve de atajo y duda. La única farola que funcionaba está apagada. Se sabe el camino de memoria, pero teme pisar alguna mierda de perro o, peor aún, torcerse un tobillo. No obstante, toma ese camino, con la esperanza de llegar a tiempo: ganará unos preciosos diez minutos. ¡Correrá el riesgo! De repente se para en seco, da media vuelta y choca de frente con el hombre que caminaba detrás de ella.

—¡Coño, podrías prestar más atención, zorra!

—Perdón.

No hay tiempo para discutir con este tío tan grosero. Barbara retoma el camino y se adentra en el parque que está inmerso en una penumbra traidora, sin darse cuenta de que otro hombre va justo detrás de ella.

—¡Gilipollas! ¡Hija de la gran puta!

Marc Percolès sigue enfadado. En una acera ancha como un paseo ha tenido que tropezarse con la única idiota indecisa incapaz de controlar su cuerpo en el espacio. No, si también habrá que sacarse un permiso para poder ir andando. De ese modo habría menos imbéciles en la calle. El hombre suspira. La verdad, está más enfadado consigo mismo que con la pobre chica que, con toda seguridad, acaba de aterrorizar. Está enojado porque él podría haberla sorteado. En fin, antes seguro que lo habría podido evitar. No soporta la idea de no haber sabido esquivarla. No soporta la idea de que es él quien lo ha hecho mal, dado el peso de su cuerpo. ¿Cuánto pesa ella? ¿Cincuenta kilos? Es patético.

—¡No soy más que un pobre infeliz, un miserable!

Se resigna y maldice su vida mientras avanza con paso colérico sobre la acera helada; maldice al destino y a este jodido cuerpo que le traiciona. Ni pensar en subirse a un taxi como un vulgar inválido. Y nada de coger el metro, bajar y subir los escalones de hormigón. No le queda otra, caminar. Tan rápido como puede. Como cuando lo hacía sin pensar. Como antes.

Veinte minutos más tarde, ya ha llegado. Bañado en sudor, sofocado como un buey. Pero ha llegado, y en un tiempo récord, faltaría más. Se dice a sí mismo que ya está preparado para los paraolímpicos y reprime un grito de rabia. El lugar no es el más adecuado. Bueno, el lugar quizá sí, pero no el momento.

Esto huele a pasma. Normal, es una comisaría. Los hay para todos los gustos: los de azul, que llevan el uniforme y el quepis, los polis de civil, jóvenes, viejos, los que se entretienen tecleando las declaraciones con un solo dedo, otros enfrascados en la tertulia

frente a la cafetera que carraspea, allí, en el fondo del pasillo a la izquierda. Se entra y se sale como en un patio abierto, y lo menos que se puede decir es que son muy confiados, estos pollos. Un zorro podría entrar y desplumarlos sin ningún problema. Marc está que trina. ¡Pedazo de inútiles! Como nadie parece haberse percatado de su presencia, se va a dar una vuelta. Recorre el pasillo donde los policías esperan pacientemente su café, camina sin hacer ruido, agudiza el oído para pillar la conversación.

—Un tipo brillante, sí señor. Realmente, no se puede decir lo contrario.

—Sí, su fama llega hasta Marsella.

—Ya verás, es bueno. Pero ya antes era un poco raro. Entonces...

—¿Raro?

—Sí. Uno de esos tíos que leen libros de filosofía, que lo saben todo de todo. No hay nada que no sepa. Incluso los de la científica jamás han conseguido pillarlo en un renuncio. Sabe tanto como ellos, incluso más.. Aquí los chicos le llamaban la enciclopedia con patas. ¡En fin, ahora será la enciclopedia monopata! ¡Ja ja ja!

El otro poli también se parte de risa. Durante unos cuarenta segundos. Cuarenta segundos antes de que se den cuenta de que un tercer hombre está junto a ellos. Que se ríe a carcajadas. Una risa rara, sobreactuada. Una risa que espera su turno para explotar en la cara, rociarte de odio y escupir un gargajo de ácido. Los dos colegas se giran con una sincronización perfecta. Su hilaridad se desvanece de golpe. El más joven por puro mimetismo con su mayor. El oficial que estaba hablando permanece estupefacto, con la cara deformada por las emociones contradictorias: la que le hacía reírse a mandíbula batiente hace un momento y la que acaba de abrirse camino a lo largo de su columna vertebral. Sus ojos se abren como platos, las pupilas se retraen, empieza a rezumar miedo. Un miedo que le impregna la frente de gotitas, le chorrea por la comisura de los labios y le hace temblar la barbilla.

—¡Ca... capitán Percolès! Pero... ¿no tenía que llegar mañana?

—Claro, colega, ahora resulta que es culpa mía que te haya pillado cachondeándote de mí. ¿Cómo te llamas?

—Teniente Matel. Denis Matel. Escuche, capitán, lo siento mucho, no quería burlarme.

—¡Ah, no! ¿Cómo llamarías tú a eso?

—Yo... es estúpido, no voy a negarlo. Es imperdonable. Le pido por favor que acepte mis disculpas. Pero ¡por favor, no abra un informe por una tontería de colegial!

Una tontería de colegial... Marc inspira profundamente. Sobre todo no debe ponerse nervioso. No el primer día. No por eso.

—Está bien.

—¿Bien? ¡Oh, gracias, capitán! Lo sien...

¡Cloooc! No le deja tiempo para terminar la frase. Percolès puede estar algo disminuido, pero su cabeza funciona a la perfección, literal y figurativamente. El idiota no lo ha visto venir y se ha llevado un cabezazo magistral. Uno bien estructurado, que sale ¿del pecho?, ¿del corazón? El cráneo impacta justo en la zona superior de la nariz. El tío está en el suelo y se retuerce de dolor. Instintivamente, su joven colega se pone en guardia, dispuesto a defenderse en caso de ataque, e incluso a responder.

—Veamos. ¿Pegarías a un inválido?

—¡Si me atacara, sí!

—Me gustas. Búscame una aspirina, presiento que voy a tener migraña.

—Pero... ¿y Matel?

—No me gusta esperar, ¡rápido!

El poli joven desaparece a paso ligero. Pero no hay que ser un sabueso para adivinar que no ha ido al botiquín, más bien ha ido a chivarse. Percolès suspira, mira de reojo a Matel que aún está atontado, se encoge de hombros y termina de recorrer el pasillo hasta su despacho.

Está tan satisfecho de volver a ver su vieja silla que le destroza la espalda, esa mesa metálica con los cajones abollados, ese estúpido muñeco de perro que balancea la cabeza, regalo de los colegas en un aniversario, que en un principio no se da cuenta de que algo ha cambiado, de que no es el único ocupante del despacho. Solo después de cinco largos minutos frunce el entrecejo y se dispone a gritar el nombre de su comandante justo cuando este entra en la sala.

—Podrías llamar.

—¡Y tú podrías controlarte! ¡Coño, Marc, no hace ni diez minutos que has llegado y ya te has metido en un berenjenal!

—Yo también tenía ganas de verte, Ange.

—Se suponía que llegabas mañana —refunfuña el comandante.

—Claro. ¿Para que te sientas obligado a sorprenderme con una estúpida copa de bienvenida? No, gracias.

—Vete a la mierda. ¿No puedes comprender que nos hacía ilusión celebrar tu regreso?

—Ya está bien. No vuelvo del destierro, no hay que exagerar. ¿Tienes fuego?

El comandante Gardeni renuncia a reprenderlo por las malas costumbres que comparten y se limita a suspirar mientras le ofrece su mechero. Marc enciende el pitillo con una gran calada que impulsa el humo hasta sus entrañas.

—¡Coño, qué contento estoy de haber vuelto!

—¿No es un poco pronto?

—Los médicos me han soltado. Soy apto para el servicio

—No hablo de eso, Marc. Has vivido un drama.

—Y crees que estoy majara, ¿verdad?

—No, no quiero decir eso. Pero aún eres frágil.

—Déjame en paz. Ya he tenido bastante durante toda la rehabilitación con esos psicólogos charlatanes jodiéndome con sus chorradas.

—¡Joder, no has cambiado!

—¡Ya ves! Bueno, lo que me toca los cojones, y sé que no tengo derecho a preguntarte, es lo que veo en este despacho y que me cabrea mucho. Pero todavía no he saludado a los colegas como tiene que ser, así que, si me perdonas.

Bajo la atónita mirada de su superior, Marc se quita el jersey, después la camiseta. Gardeni se siente incómodo. Al ver a su amigo en ese estado le dan ganas de llorar.

—¿Qué haces, Marc?

—Ahorrarme meses de miradas inquisidoras —contesta desabrochándose los vaqueros.

—No hombre no, coño, para ya. ¿Qué vas a conseguir?

—Nada, no quiero nada, Ange —contesta con amargura.

Marc se inclina un poco hacia delante y hace que el pantalón se deslice hasta los tobillos. El comandante se da la vuelta, no puede evitarlo.

—¡Venga, venga! ¡Déjate de monsergas! ¡Mira!

—No puedo.

—Como quieras.

El capitán coge el montón ropa y se dirige a la puerta sin que su amigo intente retenerlo. Con paso lento, llega hasta la sala central. Al pasar la gente se calla, las miradas huyen hacia los fluorescentes o se concentran en las uñas, en los zapatos, cualquier cosa que les permita escapar del espectáculo que Percolès quiere obligarles a contemplar. El hombre sigue con paso lento y se coloca en la zona de los despachos. Y más que gritar, aúlla:

—¡Así soy yo! ¡Venga! Mirad, pedazo de blandos. ¡Examinad cada parcela de mi cuerpo de una vez por todas! No voy a vestirme hasta que todos y cada uno de vosotros me haya mirado bien. Porque una vez hecho esto, no quiero ver en vuestras miradas ni un ápice de piedad o rechazo, ¿está claro?

—Perdón, señorita, ¿tiene usted hora, por favor?

—No, lo siento.

—¡No es muy educado decir esto cuando se lleva reloj!

¿Cómo puede este hombre ver en la oscuridad? Ella apenas distingue dónde pone los pies. Barbara está intranquila. No le gusta la idea de estar sola en el parque con ese desconocido que la sigue desde hace un rato y que cada vez se acerca más. Qué cosa más extraña eso del instinto. Acaba de cumplir veinticuatro años y no tiene ninguna experiencia con los hombres, pero presiente de inmediato el peligro. El corazón empieza a palpar, se le hace un nudo en la garganta, tiene unas enormes ganas de defecar. Y Barbara contesta tontamente que el reloj está estropeado. Pero es consciente de que hubiera sido mejor no decir nada y salir pitando. El tío la alcanza y le corta el paso, se planta delante de ella. La joven no se atreve a levantar la cabeza. Un segundo ha sido suficiente para adivinar sus intenciones. Es mayor que ella, incluso podría ser su padre. Es corpulento, lleva la camisa desabrochada hasta la mitad del pecho a pesar del frío invernal, le asoma el grasiento vello. Apesta a sudor y a cerveza. La comisura de sus labios está blanca por la saliva seca. Suda a borbotones y frota sus enormes manos una contra la otra, produciendo un sonido seco por la callosidad de la piel. Es increíble lo que podemos llegar a percibir sin mirar a alguien.

—Eres una redomada mentirosa, tú, con tus aires de mosquita muerta. ¿Crees que no veo tus pezones erectos bajo tu camisa de mojigata? ¡Ah! ¡Eso me excita! Te gusta eso, excitarme, ¿verdad, pequeña guarra? Si no, no te pasearías sola por un parque oscuro.

La palabra guarra le perturba tanto que se queda petrificada. ¡Guarra! ¿Por qué guarra? ¿Y por qué se pregunta esto en lugar de salir corriendo?

Tendría que llegar alguien antes de que sea demasiado tarde. Alguien tiene que salvarla, lo sabe. Porque ya ha comprendido que sola no será capaz. Que se va a dejar hacer. Quizás ella sea una blanda. ¿Lo es? No sabe nada. Ignora cómo hay que reaccionar. En realidad sí lo sabe, teóricamente. Pero no le sale. Él va a entender su pasividad como una incitación, es imprescindible que llegue alguien. Pero no viene nadie. Nadie que pueda oírle gritar, pedir socorro. Nadie. Solo ella. No dice nada. Está paralizada. Su garganta se cierra, no puede respirar. Se pregunta si uno puede por sí mismo ahogarse de miedo y morir así. Le escuecen los ojos, siente brotar las lágrimas.

—Bueno, ¿entonces qué? ¿Te has tragado la lengua? ¿Quieres que lo compruebe?

Sin darle opción a contestar o a defenderse, lanza su pesado cuerpo sobre el de la joven y la empuja contra un árbol. Apesta. Es lo primero que le pasa por la cabeza. El hedor le provoca náuseas. Barbara gira la cabeza para no respirar los efluvios del hombre y se raspa la mejilla contra la rugosa corteza. El hombre la coge por la barbilla con una mano y la obliga a mirarle de frente.

—¡No me digas que no lo estabas buscado!

«¡No! ¡Por favor! ¡Déjeme, se lo ruego!» Esto es lo que le habría gustado contestar. Pero él ya ha pegado el asqueroso bigote sobre sus labios, le ha metido su estropajosa lengua en la boca, la obliga a aceptar que es suya. Tiene mal aliento. No solo por la cerveza. Dientes mal lavados o con poca frecuencia. Barbara imagina que debe tener esas placas blandas y amarillentas que a veces tapizan el esmalte. Seguramente en él serán de color marrón. ¿Cómo se llama eso? ¡Ah, sí! Placa dental. Se acuerda vagamente de un curso de prevención sobre «higiene bucodental». ¿No hubiera sido más conveniente uno sobre la sensibilización de los peligros en los parques sin luz y de los hombres que apestan a cerveza? El contacto de las mucosas del tipo con las suyas le repugna, la quema. Ella preferiría perderse en los recuerdos anacrónicos de las clases. Puede hacerlo si se concentra mucho. Depilación, maquillaje, masaje. Eso es. Abandonar el cuerpo. Ser una mera espectadora, verse des-

de lejos, ninfa aún joven y frágil atrapada en la trampa de un morreo asqueroso. Un enorme morreo asqueroso, sí, eso es. A Barbara le gustaría poder vomitarle dentro de la boca, morderle la lengua hasta que sangre, pero ya no es ella quien decide. Ella no está aquí, los pies en la nieve, lejos de cualquier luz para ocultar el crimen del violador. Gravita fuera, encima de sus cabezas. No tiene miedo, espera que pase. Acabará terminando, ¿no? No.

Ella no ha soltado del todo las amarras: su cuerpo le envía, a pesar de todo, señales que hubiera preferido ignorar. Él no se va a contentar con meterle la lengua en la boca. Empieza a deslizar la mano por debajo de la camisa y pellizca, amasa dolorosamente su tierna piel. Con la otra le desabrocha la falda y se mete en las bragas. El morreo se alarga hasta el infinito. El pulgar y el índice separan los grandes labios. Abren el orificio hasta ahora inexplorado. El hombre frota sus falanges contra su clítoris y le arranca un grito de dolor.

—¡Te gusta esto, sí, pequeña putita! ¡Te vas a enterar, vas a saber lo que es un hombre!

El bigotudo mete con autoridad sus gordos dedos en la vagina de la joven y la fuerza violentamente.

—¡Pero si te estás corriendo, putón!

Este cabrón seguramente acaba de romperle el himen y no entiende que lo que rezuma es sangre. A Barbara le gustaría llorar. Insultarlo. Reaccionar. Aunque fuera para suplicarle. Pero nada sale de su gran boca abierta por la pena, que aspira, como una ahogada, el aire contaminado de París, el perfume de la cerveza y el de la violación. Una mano se posa sobre su hombro y la fuerza a agacharse. Su espalda se rasguña con el tronco. Sus rodillas se doblan y se desuellan contra el suelo. El hombre se desabrocha el pantalón.

—¡Vamos, chúpamela, puta!

—¡No! ¡Por favor!

—Cállate. ¡Chupa!

Ha agarrado a Barbara por los pelos. Le tapa la nariz. No le queda más remedio que abrir la boca para respirar. Él aprovecha para meterle su sexo. Ella cede, con la esperanza de que deje de estrecharla contra él, pero mantiene la presión todavía unos largos segundos para asegurarse que desde ahora será dócil. Le sujeta con

fuerza la cabeza y llena su boca, cada vez más adentro, en ese vaivén brutal que le golpea el cráneo contra el árbol en cada ataque. Al final deja de obstruirle los conductos nasales, que a duras penas se despegan con una respiración brusca. El olor. Otra vez, es lo primero que su cerebro percibe. Oler al enemigo antes de permitirse respirar. ¡Oh, ese olor! Hedores amargos de pis y de mugre. Un olor repugnante. El perfume del hombre que domina. No sabe lo que es la ducha. Ahí también debe haber placas blanquecinas, piensa ella. Le oye respirar fuerte, adivina el vientre grasiento tembloroso y el gesto lamentable de la cara del hombre que se alivia en la garganta de una desgraciada virgen, sin conmoverse por sus mejillas bañadas en lágrimas, de los quejidos de animal herido o de la náuseas que la zarandean y que le hacen vomitar bilis en su polla inmundada. ¿El tiempo se ha parado? Barbara tiene la sensación de que está aquí desde hace un mes, un año, un siglo. Que siempre ha sido ese perro apaleado, esa guarra humillada tirada en el suelo. Que él es su maestro y ella tiene la culpa. Que nunca terminará de superar su error. El de haber nacido mujer. ¿Este es su destino? ¿Por qué piensa esto? No lo sabe. Esto la intriga, ella se interroga. Se mete dentro de sí misma y se olvida del hombre que aprieta su lengua, se olvida de que parece que él nunca vaya a separarse para liberarla. Una sensación extraña. Es como si ya hubiese vivido esta situación. No obstante, nada hay en sus recuerdos, que repasa metódicamente, que confirme esta absurda hipótesis. Pero uno olvida tantas cosas de su propia infancia.

—Ponte a cuatro patas, que te voy a encular.

La vuelve a coger por los pelos. Ella no lucha. Barbara es una muñeca de trapo, él es el titiritero. Ella cae en la posición que él ha escogido.

—¡Sí, eso es! Es eso lo que quieres, ¿verdad?

Barbara no contesta. Barbara no está aquí. Hace el muerto, como en la piscina. Sabe lo que él quiere hacer, y que le va a doler mucho. Pero que mucho. A él le parece que ella ha gritado, pero ella no está segura de haber oído su propia voz. El tío no termina nunca de desgarrarla, de penetrarla, ella tiene la sensación de no ser más que un agujero. Nada más que un dolor. Él eructa alguna cosa que ella no entiende pero que parece excitarle más. Él se retira. Ella cree que el asunto ya se ha acabado cuando otro dolor la

parte en dos. Él acaba de romperle el himen. Otra vez le vuelven a la cabeza los cursos de higiene. No está bien hacer esto en la vagina después de haber estado detrás. Es sucio. Corre el riesgo de caer enferma. Incluso puede morir. Es eso lo que le debe haber excitado, la idea de mancillarla un poco más. Sí. Eso le produce una sensación extraña. Él se agita, frenéticamente, acelera el ritmo. La luna, perversa cómplice de su suplicio, sale de detrás de una nube con los reflejos de su luz dulzona. Barbara contempla sus manos que se hunden en la gravilla, su Sweet Doriane que se ha caído a unos metros y la foto, que se ha salido del sobre protector. Un pálido rayo ilumina la cara de la chiquilla que sonrío al objetivo. Parece una niña modelo con su vestido de volantes y sus cabellos bien peinados. Cuando su padre se marchó, unos meses después de que se hicieran la foto, su madre dejó de comprarle ropa bonita y de peinarla. No es culpa suya. Su vista empezó a fallar en ese momento y ya no podía ocuparse de ella como antes. Barbara había sido tan feliz en esa foto... Le parece que fue ayer. Sweet Doriane también parece mirarla. Pobre muñequita. ¡Debe de estar tan asustada como ella! ¡Ojalá que no se haya lastimado al caer! A Barbara le gustaría cogerla en brazos y que la muñeca la consolara, que le dijera que todo se arreglará. Pero no puede. Entonces la mira fijamente con todas sus fuerzas, como si su vida dependiera de eso, como si sus destinos estuvieran unidos y que mientras Sweet Doriane estuviera allí, para observarla, ella viviría. Ella quiere vivir. La cara de porcelana se convierte en el símbolo de la supervivencia, de su lucha. Se convierte en todo su universo, el refugio donde ella proyecta su alma mientras profanan su cuerpo. La mira fijamente, como cuando vemos nuestro reflejo en el espejo, convencida de que solo una fusión total con su gemela de porcelana puede salvarla de la muerte. Se conecta a los ojos de ágata hasta que todo el resto se vuelve borroso, las pupilas se convierten en un túnel, en un camino hacia un mundo mejor. Y de repente, como un extraño milagro, una especie de aparición inesperada toma forma en el otro lado. La de una mujer espléndida de hermosos cabellos rubios que caen en cascada sobre sus hombros diáfanos. Está maquillada con esmero, lleva un vestido blanco vaporoso y le sonrío con benevolencia. Conoce a esta mujer, la reconoce, y no obstante, nunca se han encontrado. Esta mujer es... No, es imposible. Alguna cosa dentro de ella

lucha contra la evidencia. Barbara cierra y abre los ojos, pero la mujer sigue aquí. El tiempo se ha detenido en su cabeza. Se reafirma, lucha, como el diamante de un tocadiscos que ha llegado al final del recorrido. Sin embargo, por muy increíble que pudiera parecer, esta criatura es... ¡ella! ¡Sí, ella, Barbara! Una versión desconocida, sublimada, que le hace una señal desde el otro lado del túnel. ¿Es posible? ¿Es una alucinación? ¡No! Barbara no sabría explicar cómo esta noche, en este parque, por alguna conexión mágica con un espacio-tiempo indulgente, la muñeca le muestra el futuro.

Esta bella joven que irradia felicidad puede ser ella. Será ella. ¡Es sobrenatural! ¡Es maravilloso! Sobrevivirá a todo este horror y navegará hacia una vida mejor. Barbara levanta los ojos hacia la luna, como para darle las gracias por haber traído la luz a sus tinieblas, y después busca su doble en la mirada de la muñeca. Pero la hermosa mujer ha desaparecido, dejando tras ella solo a la pequeña médium de porcelana.

—¡No me dejes sola! —suplica la joven.

Entonces se produce el segundo milagro. La porcelana parece cobrar vida, como si hubiera atendido su ruego. Los rasgos se animan, la piel se flexibiliza y se vuelve sonrosada. Los labios se estiran para modular una radiante sonrisa. Barbara podría creer realmente que en este preciso instante está perdiendo la razón. Pero no está en posición de cuestionarse demasiadas cosas. Lo único que importa es la metamorfosis de Sweet Doriane, su tranquilizadora presencia. Esta muñeca es mágica, es la clave. Barbara promete que siempre la mimará.

—¿Me harás caso? —pregunta Sweet Doriane.

—Sí, te lo juro —contesta ella en silencio.

—Entonces te ayudaré a convertirte en esa bella mujer que has visto.

La promesa es tan atractiva que Barbara pierde todo contacto con la realidad de lo que se ha producido. Solo cuenta *su* realidad y que pueda aferrarse a ella, olvidar su miedo y el dolor. Sí, saldrá de esta, así que nada de lo que el violador le haga padecer tiene importancia. Mientras el violador se agita con más violencia y su pene se agranda dentro de ella, al fin siente venir la descarga. Barbara recibe el grito del macho sin protestar. Retorcida sobre su

vientre, tiembla con todo su ser. Gira la cabeza despacio y le mira, enorme y chorreando, meter su polla en los calzoncillos sucios de tres días. Sus ojos tienen un reflejo duro, sus labios se retuercen en un gesto de satisfacción, su bigote está enredado. Por un momento cree ver la cara de su padre, pero borra la imagen de su espíritu enloquecido.

—Si le cuentas a alguien lo que ha pasado, iré en tu busca y te haré pasar un rato horrible, ¿entendido?

La joven hace un gesto afirmativo. Él se ríe burlescamente y, antes de irse, la llama por última vez guarra.

Ya está, se ha acabado. Eso es todo. Vuelve la vida, o mejor, la vida continúa, ya que el mundo no ha dejado de girar porque un hombre haya violado a una mujer. Pasa todos los días, es algo insustancial. Nada hay más anodino. Muy fácil de ignorar. De olvidar. Por otro lado, ¿no es verdad que no ha sido más que un sueño? ¿Qué todo esto puede desaparecer de su memoria si ella se compromete a no volver a pensar en ello jamás? Sí, estaba oscuro. No había nadie. Sin testigos y sin que ella quiera recordarlo. Esto no ha ocurrido.

Borrar. Volver a poner los contadores a cero. Borrar la cinta y volverla a dejar virgen.

Barbara se viste temblando. Solo piensa en la hora. ¿Qué hora debe ser? Mira el reloj. Se sobresalta. ¡Su madre la matará! Se seca rápidamente las lágrimas con el antebrazo porque sus manos deben estar sucias por haber estado hundidas en el suelo, intenta arreglarse el pelo sin tocar demasiado el cuero cabelludo, dolorido por el zarandeo, y se va del parque lo más dignamente posible, como si no hubiera pasado nada desagradable. Memoria resquebrajada, agrietada, borrada. A cada paso que da, sus recuerdos se dispersan un poco más y se disuelven en la penumbra del pequeño parque que le sirve de atajo.

—¡Dios mío!

El grito ha roto el silencio. Un grito vehemente, un grito de horror. La mujer se ha llevado las manos a la boca, como para impedir el vómito. Abre los ojos como platos, cree que un perturbado ha entrado en la comisaría y de golpe ya no tiene ninguna prisa para poner una denuncia contra su ruidoso vecino. Se va rápidamente, choca contra las paredes, abre la puerta con brusquedad y se diluye en la noche fresca con un gran sofoco. Nadie ha intentado tranquilizarla, pararla. Nadie ha dicho nada desde que Percolès ha empezado a exhibirse. Las bocas están cerradas, pero al final los ojos se han atrevido a posarse en la piel quemada y pegarse como el aceite caliente, como para lamerlo y chamuscarlo una segunda vez. Con cada mirada, Marc se estremece. Ofrecido como pasto al voyeurismo y a la compasión, es observado minuciosamente, diseccionado, cortado. A pesar de la humillación que él mismo se inflige, no abandona, no baja la mirada, expone su carne mortificada, su miembro amputado y la prótesis que detesta necesitar.

—Bueno ¿qué? ¿Ya no es tan divertido el «monopata»? —pregunta mirando fijamente a Matel.

Matel no dice nada y mantiene obstinadamente la cabeza gacha. Su frente empieza a mostrar tintes violáceos que no se atreve a frotarse, por miedo a hacerlos más evidentes.

—¿Qué? ¿No dices nada? ¿Te doy miedo? Sin embargo, no soy un psicópata. Ni un sociópata. ¡No, soy un «monopata»! ¡Ja ja ja!

—Ya basta —grita el comandante Gardeni

—¡No seas cafre, Ange! ¿No ves que estoy intentando relajar el ambiente?

—Solo consigues que todo el mundo se sienta mal. Anda, ve a vestirte.

Marc parece dudar un instante. Sus hombros se relajan, su sonrisa forzada se borra. Va a entregar las armas. Quizá. Pero no antes de enviar un último mensaje.

—¿No me presentas a la señorita? —pregunta señalando con la barbilla a una joven.

—Es la teniente Margaux.

—¡No te jode! Venga, toca, bonita.

El capitán se acerca a ella, le coge la mano y la pone sobre su torso. La chica hace una mueca, intenta retirarla, pero él la sujeta firmemente.

—¡Suélteme!

—Si no ¿qué? ¿Me vas a pegar? Adelante, ¿a qué esperas?

La chica se revuelve, se defiende. Tiene que liberarse de ese apretón, aunque él sea más fuerte, porque ella es mujer y su credibilidad puede quedar en entredicho en la comisaría. Pero Percolès tiene el puño de acero. Cuando más tira ella de su muñeca, más aprieta él.

—¡Me hace daño!

—¡Oh, pobrecita! Le hago daño. ¿Habéis oído, tíos? ¿Tal vez quieres metérmela doblada, Ange? ¿Una mequetrefe que chilla si le agarras la mano un poco fuerte? ¿Qué es, una poli o una niñera?

—Es tu nueva compañera, Marc. Sabías que tendrías un compañero cuando volvieras.

—Y tú sabes perfectamente que no quiero. Está claro que es una perra que no puede mirarme sin sentir asco.

Marc suelta la mano de la chica, que se desequilibra y a punto está de caerse.

—¡Cabrón!

—¡Sí, bonita! Estamos de acuerdo. ¿No tienes ganas de currar conmigo?

—¡Váyase a la mierda!

La chica coge su abrigo y se marcha furiosa de la central.

Satisfecho, Percolès saluda a sus colegas con un guiño y regresa a su despacho como si nada hubiera pasado. Gardeni va tras él.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Quieres que te empuren con una denuncia por acoso?

—¡Oye, vale, ha sido ella la que me ha buscado! ¿No has visto como la putita me acariciaba el torso?

—No estoy de broma, Marc. Necesitas un compañero.

—Necesito trabajo. Necesito sumergirme en el trabajo, Ange. No importa cuál, incluso un puto perro atropellado. Pero necesito ocupar mi cabeza, eso es todo. No creo que vaya a sentirme mejor si me pegas al culo una compañera para que me vigile. Quiero currar.

—Y yo quiero que te olvides de todo y le pidas disculpas a Margaux.

—Jamás.

—Joder, pero ¿qué te ha hecho ella?

—Es una mujer.

—¿Y?

—Pues eso.

Ange Gardeni no sabe qué contestar. Está confundido. Sin duda, todo esto tiene que ver con el accidente, aunque Marc ya antes era un tipo de armas tomar.

—Oye, sé que es duro.

—No, tú no lo sabes.

—Me lo imagino. Me imagino que es horrible perder a la mujer que se ama. Pero no es una razón para vengarse de las demás.

—¿La mujer que se ama? Es más complicado que eso, Ange. Mucho más complicado.

Barbara se mete en el minúsculo ascensor y maldice su lentitud. Tiene que esperar que las puertas se cierren del todo y después apretar el botón del séptimo. Si no, el aparato no se entera. Al fin, la cabina se tambalea y con un chirrido que testimonia su antigüedad la lleva hasta su casa. La luz de la bombilla que ilumina el espacio cerrado es mortecina y la joven puede ver los rayos de luz a otro lado de la puerta al rebasar piso tras piso. Es un ascensor extraño, más bien inquietante. Siempre tiene la sensación de estar bajando cuando ella se sube en él, como si ese asunto del séptimo piso no fuera más que una engañifa y en realidad se hundiera hasta las entrañas de la tierra, hasta los infiernos de penumbra devoradora. Cuando las puertas se abren siempre teme encontrarse frente a frente con el diablo o con la muerte, pero solo ve la puerta de su apartamento. La abre deprisa y la cierra con doble vuelta de llave. El olor de la estancia se le pega en la nariz, como siempre. Es olor a viejo. Una fragancia entre cerrado y a naftalina que obligatoriamente tiene que respirar. El olor del tiempo, que hace que huelas su peso, sus traiciones y su ineludible crueldad.

Barbara palpa la pared del pasillo buscando el interruptor. No le gusta que la única luz sea el brillo azulado del omnipresente televisor. El aparato está encendido desde la mañana hasta la noche. Aquí jamás hay silencio, siempre hay penumbra. Las cortinas siempre están cerradas. La única cosa que llega desde el exterior es lo que se ve a través de la pantalla. Eso es mucho decir: la mayor parte del tiempo, su madre se conforma con poner los mismos viejos vídeos que ya ha visto decenas de veces.

—Llegas tarde. ¿Dónde te has metido?

Barbara no sabe qué decir, porque no tiene la respuesta. Se acuerda de haberse caído en el parquecito y de que se ha ensuciado,

eso es todo. ¡Menos mal que su madre no puede verla! ¡Menudo sarao le montaría! Para fingir aplomo, la joven arregla un mantel individual que se ha doblado debajo del vaso. El trozo de tela amarilla almidonada vuelve solo a su sitio.

—He... He estado esperando los resultados.

—¡Sí, ya, te has ido por ahí! ¿Te has comprado la muñeca?

—Sí.

—¡Dinero echado a perder! ¡Esto es lo que hace una hija ingrata que prefiere hacerse regalos en vez de agasajar a su anciana madre!

Barbara baja la cabeza, un poco avergonzada. Abraza a su tesoro y va a colocarlo en su habitación. Ni velas ni pastel, ni un beso afectuoso, ni una canción. Sin embargo, es su cumpleaños.

—¡Es el día del baño!

Su madre no ha gritado. Apenas ha alzado la voz, pero Barbara sabe que a la vieja no le gustaría repetirlo otra vez. Deja la muñeca y la foto encima de su cama y vuelve al salón

—Sí, mamá. ¿No sería mejor dejarlo para mañana, porque ya es muy tarde?

—El aseo es el viernes, no el sábado. Ayúdame en vez de hablar.

La ciega desincrusta el caparazón de mullidos cojines de su espalda, del que casi nunca sale, y se apoya en su bastón. La hija le pasa un brazo bajo la axila y le hace de muleta.

En el diminuto cuarto de baño, Barbara la ayuda a desnudarse. El agua caliente corre suavemente y el guante se empapa de espuma perfumada. La joven contempla un instante el trozo de esponja, todavía limpio, que tendrá que pasar sobre la piel flácida. Hace ya muchos años que su madre perdió la vista. Que no ve su cuerpo encorvado, cuajado de venas reventadas que le manchan la piel clara, ese cuerpo deformado, con las mamas vacías que cuelgan, con las nalgas vencidas, los pies hacia dentro. Se pregunta cómo se imagina su madre a sí misma. ¿Se ve más decrepita de lo que está o se imagina tal como era cuando tenía un cuerpo espléndido? ¿Qué pasa por la cabeza de una mujer vieja cuando otra más joven frota todos los rincones de su anatomía, cuando hay que abdicar definitivamente del pudor, de toda la dignidad e inmolarsse en el altar de la dependencia? ¿Es tan fuerte como para que te entren ganas de gritar «¡No! ¡Ahora no! No hay decadencia, yo no soy esa anciana»?

—¿Creías que no iba a notarlo?

—¿El qué, mamá?

—¿Crees que soy tonta?

—¿De qué hablas?

—Hueles a hombre.

Tres gélidas palabras soltadas con tanto desprecio que Barbara tiene la sensación de que su madre va a renegar de ella en el acto.

—No, no, mamá, no es verdad.

—Reconozco el olor a coito. Apeistas. Te has ido de juerga por ahí, ¡confiesa!

—¡Te juro que no!

—¡No jures!

La mano de su madre le golpea violentamente la nariz. Más bien el dorso de la mano, con su rosario de duras y nudosas falanges. Tiene ganas de pegar a la ciega, es muy raro que su madre yerre el tiro. Inmediatamente le brotan las lágrimas.

—No, mamá, no salgo de copas, te prometo que no salgo.

—¿Y por qué hueles a hombre?

—No lo sé. Quizás el metro. Había mucha gente, íbamos muy apretados.

La mujer parece creérselo, y eso la calma.

—Te necesito, Barbara, cariño. Sin ti, solamente sería una pobre vieja ciega en espera de la muerte como única salida.

—¡Lo sé, mamá, y estoy aquí!

—¡No me dejes! Te necesito.

—¡Yo también, mamita! Solo te tengo a ti.

Madre e hija empiezan a llorar. Con su juventud culpable, Barbara intenta calentar un poco el viejo cuerpo desnudo. Barbara quiere sinceramente a su madre. La vida no le ha resultado fácil por culpa de un marido que la abandonó con una niña pequeña y la diabetes que le robó la vista. La joven haría cualquier cosa para suavizar su vejez. Está muy agradecida por haberse ocupado de ella cuando era pequeña.

—Podrás divertirme a tus anchas cuando me muera. Ya no falta mucho.

—¡No digas eso, mamá! Estaría perdida sin ti, mamita.

Tras lavar los platos, Barbara se encierra en su cuarto y al fin puede dedicarse a su nuevo juguete. Desenvuelve con esmero el

papel de seda, como quien cambia los pañales de un recién nacido, y contempla un instante a la pequeña princesa. Sus tirabuzones rubios sobre su cuello claudine. Su vestido blanco realza el esmeralda de los ojos. Son del mismo color que los suyos. La señora de la tienda tenía razón: Sweet Doriane se le parece mucho. Sin saber por qué, eso la tranquiliza y la inquieta al mismo tiempo. De vez en cuando evoca imágenes sintetizadas del parque, pero ya no se acuerda de que esta noche lo ha cruzado. ¡Ay, si hubiera atajado por ese camino no habría llegado tarde y su madre no se habría disgustado! Además, no puede explicarse el motivo que ha hecho que se retrasara tanto. Agujero negro. ¿Por qué sus rodillas están desolladas y su ropa maltrecha? Barbara se encoge de hombros y acaricia las pálidas mejillas de su muñeca, la coge en brazos y examina cada uno de sus pequeños dedos. Su mano nota una aspereza. Frunce el ceño, mira la porcelana de cerca. Un trozo ha saltado, justo en el pulgar derecho, creando un pequeño cráter en la inmaculada porcelana. Pero ¡bueno! ¿Qué ha pasado? Está segura de que la muñeca estaba perfecta al salir de la tienda.

—¡Sweet Doriane! ¿Qué te ha pasado?

Barbara cavila, no llega a comprender qué es lo que ha podido desconcharla. ¿Hay alguna relación entre ese desconchón y el misterio del tiempo? No entiende nada. ¿Quizá se ha tropezado en la acera o alguien la ha empujado? Debe haberse dado un golpe en la cabeza porque, francamente, no se acuerda de nada. Qué lástima. Como esta muñeca está herida, se ocupará más de ella que de las otras. Como si fuera su hija, como si fuera ella misma.

Deja el juguete y contempla la foto que ha hecho ampliar. La coge, la acaricia, la besa con un nudo en la garganta. Y ahora ¿por qué llora? Tiene la piel de gallina, seguramente porque su primer trabajo está a la vuelta de la esquina. El lunes está muy cerca y eso le crea angustia. Tiene miedo de no estar a la altura de las circunstancias, miedo a ser una impostora que no se merece su diploma. Lentamente, la joven deja la foto encima de la colcha. Se mira la mano, está herida, igual que la de Sweet Doriane, y de repente se siente muy sucia. Como si estuviera impregnada de una brea purulenta que hay que decapar. ¡Esta mano, este cuerpo son, lisa y llanamente, repugnantes! ¿Cómo puede soportar un segundo más así? Tiene que deshacerse de esta mugre inmundada que la envuelve.

Barbara se desnuda rápidamente y se mete en la bañera. Deja correr el agua mucho rato sobre su cuerpo dolorido, sin hacer caso de la amonestación de su madre que detesta que se duche; no le gustan las duchas porque, desde su punto de vista, son un despilfarro. En cualquier caso, a partir del lunes será ella quien traiga más dinero a casa. Tendrá algo que decir sobre los gastos domésticos. Le gusta la idea. ¡Para ella los caprichos y los trapitos!

El agua corre y sigue corriendo, la limpia, la reconforta. Se relaja y echa una ojeada al espejo de encima del lavabo. A través del vaho distingue una silueta borrosa que podría imaginar hermosa. Que en el futuro, con un poco de esfuerzo, podría llegar a serlo.

De repente un flash, una voz.

—Eres guapa.

Barbara se sobresalta. Conoce esa voz. Es una combinación a la vez infantil y extremadamente femenina, casi áspera. Ella la ha oído antes. Pero ¿de dónde viene?

—¡Estoy aquí!

Guiada por la voz, Barbara mira hacia la lavadora, donde está sentada su nueva muñeca.

—No recuerdo haberte traído conmigo —exclama la joven.

Está claro que últimamente se olvida de muchas cosas.

—No hace falta que me lleses. Tú y yo estamos unidas, ¿te acuerdas?

Barbara se estremece. ¿Es la muñeca la que acaba de hablarle? ¡No, es totalmente imposible! Debe de estar muy cansada para imaginarse algo así.

—Sueño despierta —bromea, para sentirse aliviada.

—No, no sueñas, Barbara, soy muy real, acuérdate del parque.

La imagen de una mujer de blanco le viene a la mente, una mujer que conoce porque ya la ha visto, pero ¿dónde? Esta visión la reconforta sin saber verdaderamente por qué, y con ella también aflora la idea de que un futuro mejor es posible, que está llamada a hacer grandes cosas o simplemente a convertirse en alguien que cuenta.

—Te ayudaré a convertirte en esa mujer... Una mujer que no tenga miedo de nadie —continúa la muñeca.

—¿Una mujer feliz?

—Una mujer fuerte. Pero para eso tendrás que hacer lo que te diga... ¿De acuerdo?

A Barbara le gusta tanto lo que le dice Sweet Doriane que no tiene ganas de replicar. Está cansada y se siente sola. Además, ¿acaso las muñecas no han sido siempre sus mejores aliadas? Sin preguntar nada más, esboza una sonrisa y contesta:

—Sí.

Algunas mujeres creen de verdad que los hombres son tontos. ¿Qué se cree esta, con ese exagerado escote y ese maquillaje multicolor? ¿Se cree guapa? ¿Que uno tiene tantas ganas de tírasela que está dispuesto a soportar sus delirios? Seguramente. Ella está aquí, rebosante de confianza, la mirada fría como la de una víbora, los labios escarlata que luchan para no tensarse en una sonrisa demasiado carnal que podría traicionarla, ella está aquí y no duda en absoluto. Es lo más fascinante. Está convencida de que su estrategia va a funcionar, ni que decir tiene que su queja será aceptada sin discusión porque tiene ovarios y sin duda alguna será considerada la víctima.

—Si usted supiese, señor...

—Capitán Percolès.

—¡Ah!, si usted supiera, capitán —vuelve a empezar con una mueca que ella supone encantadora—, vivo aterrorizada. Me siento vulnerable. No duermo y creo que no podré dormir hasta el día que ese individuo sea castigado.

—¿Sería suficiente compensación una multa adecuada?

La mujer permanece inmóvil un instante. Es evidente que le gustaría cobrar una indemnización e intereses, pero parecería venal admitirlo. Sin embargo, el policía está muy serio y espera una respuesta.

—No... No sé si puedo decirlo en este estado.

—¿Quiere usted que la indemnizamos o no?

—Pues... Sí, claro. No le haría ascos a una compensación financiera. Por el perjuicio que he sufrido.

—Es evidente.

El capitán empieza a teclear en el ordenador.

—Pero es posible que esto juegue en mi contra si figura en la denuncia.

—No tanto como su modo de mover las tetas bajo mi nariz, intentando influenciarme, esté usted segura.

—¿Qué? ¡Yo no muevo nada!

—No sé qué pretende.

—¡No he venido aquí para oír esto! Le agradecería que prosi-guiéramos con mi denuncia, y pasaré por alto sus comentarios.

Su voz sube de tono y omite ese acento de feminidad que hasta ahora había exagerado tanto para conmooverlo. El capitán esboza una sonrisa burlona.

—¿Le divierte ver a una mujer acosada de este modo? Es usted de esos machos que piensan que por el simple hecho de vestirse con un poco de gracia ya está una buscando problemas. En cualquier caso, ¿no puede pedírsele a un madero que sea sutil!

—¿Sutil? ¿Qué sabe usted de sutileza, con ese tinte pelirrojo y ese moreno de rayos UVA? Se cree seductora cuando apesta a vulgaridad y desvergüenza. Lo que me divierte, señora, es ver hasta qué punto esa pátina de respetabilidad que intenta transmitir para disimular su realidad prostibularia desaparece rápidamente, si se sabe dónde rascar.

—No le permito...

—Cierra el pico, putón, no he terminado. Te voy a explicar qué es lo que va a pasar. Tú pones la denuncia, perfecto. Después yo te hago una investigación de moralidad para ver si eres o no la víctima, tal como dices y tal como has declarado, o de verdad más bien estás interesada en la pasta. Créeme, si la cosa no cuela, estaré encantado de empapelarte por declaración falsa y por difamación del pobre desgraciado que se ha cruzado en tu camino. Y te perseguiré por todo el tiempo que me has hecho perder. Tú eliges, golfa. ¿Me das permiso para llamarte golfa? O te largas y no se vuelve de saber de ti en esta comisaría, o no te soltaré, como las ladillas que te comen el chocho.

—¡Cabrón!

La mujer se levanta de un salto, como si de repente el asiento le quemara las nalgas, y sin más se da media vuelta.

—¡Es un escándalo! —grita cuando ya ha salido del despacho del poli que la ha calado tan rápido.

Gardeni asoma la cabeza por el marco de la puerta.

—¿Aún no estás harto? Te vas a cargar nuestras cuotas.

—Le hago un favor a la justicia ahorrándoles trabajo a unos honestos juristas y le quito un marrón a un pobre hombre que no tiene nada que reprocharse. Me merezco una medalla en lugar de un sermón.

—Nuestro rol no es juzgar.

—Mi trabajo no es tramitar denuncias.

—Lo sé. Pero ahora todo está muy tranquilo, eso es todo.

—Vale.

—No hay duda de que tienes un problema con las mujeres. ¡Nunca te he visto echar a un hombre de ese modo!

—Básicamente tengo un problema con los casos estúpidos. ¡Además, mi instinto, a través de mi napia, me ha dicho que esta buena mujer atufaba tanto a timo que asustaba!

—De acuerdo, Marc. Pero si no estás bien, sabes que estoy aquí.

—Todo va bien.

—Entendería que echases en falta a Annabelle.

—La verdad, no sabes hasta qué punto. Le debo tanto...

Estas palabras parecen tranquilizar a Gardeni. A Marc siempre le sorprende que su superior y su amigo muestre esa ingenuidad en su manera de ser y, no obstante, esté tan dotado para el trabajo que hace. Ange tiene una fe ciega en el ser humano. También es cierto que Marc tiene el don de ocultar lo que piensa. Solo hay que recordar hasta qué punto la versión que ha dado del accidente se ha considerado como la única posible. Un animal que cruza, un reflejo inadecuado, la lluvia, el patinazo... Evidentemente, iba demasiado rápido, y como Annabelle no tenía familia, nadie reclamó. Además él siempre había sido un buen policía, y ahora... Ahora hay casos que deben resolverse antes que otros.

—Deberías haberme escuchado. No está preparado. La convalecencia lleva su tiempo, sobre todo después de un traumatismo.

Convalecencia. «Periodo siguiente a una enfermedad o un accidente que procura la recuperación física o psicológica.» Marc no sabe de dónde sale esta definición que acaba de emerger en su cerebro, pero se dejaría cortar la mano que la ha leído en algún diccionario. ¡Bueno, cortar su mano es una manera de hablar, porque ya le falta una pierna! Es cierto que le basta leer una cosa una sola

vez para recordarla de por vida. Le pasa lo mismo con las caras y las situaciones. Le pasa con todo. Tiene una memoria de campeonato. Por eso daría cualquier cosa por cicatrizar psicológicamente, algo que no ha logrado, seguramente a causa de los vivos recuerdos que le atormentan, y por eso nunca conseguirá curar del todo sus heridas invisibles.

Todo está aquí. Hasta el mínimo detalle. Siempre dispuesto a dispararse en su memoria, como si la pena aguardara la más mínima ocasión para estallar, al acecho de todo lo que le pudiera hacer volver a ese coche, con la mujer que antes amó.

Vuelve a verse al volante. Música de ambiente, no muy alta porque Annabelle tenía los tímpanos muy sensibles, ni con mucho ritmo porque eso la estresaba. Puede que fuera Radio FIP. O Nova.

Llueve, entre dos luces, sobre una carretera un poco grasienta y va muy deprisa. Demasiado deprisa. Ciento cuarenta, puede que ciento cuarenta y cinco. Uno se cree que ir a recoger cadáveres carbonizados en el asfalto con los médicos forenses es un antídoto para no superar los límites de velocidad, pero eso es una milonga. Eso no impide que seas imprudente. Quizás imprudente no sea la palabra; técnicamente, él no fue el causante del accidente, y de todas formas, aun yendo a ciento diez, el resultado hubiera sido el mismo. La música, apenas perceptible detrás de los gritos de su «amable esposa». Un cantante francés indignado, quizá Damien Saez. Annabelle grita. Bueno, ella no lo habría dicho así, hubiera dicho que hablaba un poquito más alto, que era él que se lo tomaba todo mal. Poco importa. El rosario de reproches habituales —«¡no te hago reproches, te lo explico, eso es todo!»— se derrama desde sus oídos hasta el corazón, como un río salvaje imposible de encauzar. «¿Por qué no me dices nada? ¿Por qué nunca me llevas por ahí el fin de semana? ¿Por qué no te presentas a las oposiciones para un ascenso? ¡Philippe sí se mueve! ¡Por eso ha llegado a director de empresa! Deberías tomar ejemplo.»

Philippe, el amante de su mujer. Bueno: uno de sus amantes. Aunque oficialmente solo fuera el marido de su amiga Judith. Annabelle estaba tan convencida de que compartía la vida con un cretino que nunca lo mencionaba delante de él. De hecho, Marc estaba al corriente de sus correrías. Desde la primera, algunos meses después de que empezaran a salir. Cuando se quiere de verdad a una

mujer, esas cosas se presienten. Se saben. Se adivinan en la profundidad de un suspiro, en el deseo que se esconde detrás de la mirada ausente, en la emoción que traiciona la mano temblorosa. Pero como todo esto se acompaña de la alegría de verla feliz y vibrante, entonces se acepta, porque la amamos y queremos su felicidad. A algunos esto les parecerá algo sórdido. Esos nunca han amado de verdad.

Cuando amamos, aceptamos. Que el otro quiera menos que nosotros. Que al final la comodidad que uno le brinda cuente más que la propia presencia en la pareja. Sí, lo hubiera aceptado todo de ella. Incluso lo inaceptable, el dolor más insoportable. Pero no el adulterio. Esa mirada dura que ella le lanzaba, que antes había tenido el pudor de camuflarse detrás del velo de esa nostalgia que las mujeres fingen tan bien, y que después, finalmente, había terminado por asumir como si él careciera de toda sensibilidad. Una mirada que rezuma desprecio, repugnancia, decepción de estar solo con «eso». Una mirada que le da a uno la sensación de estar recubierto de escamas.

Esta relación habría podido resultar asfixiante, inviable, insalubre, si no hubiese sido por los buenos momentos. Los buenos momentos, demasiado raros, en los que ella se entregaba a él como cualquier mujer enamorada de su hombre. Aquellos donde él se percataba de su fragilidad.

Annabelle se movía siempre en la cuerda floja. Era extremadamente sensible y vulnerable por la infancia que la había marcado como un hierro candente, entre un padre nunca presente y una madre siempre ausente. Había crecido a su libre albedrío, como una rosa plagada de espinas, como un pájaro caído del nido demasiado pronto y que volaba como podía. Sí, eso era. Marc siempre había tenido debilidad por los pájaros heridos. Y si Annabelle era capaz de acorralarle hasta el límite de hacerle perder los estribos, también era muy hábil para hacer vibrar la cuerda sensible de su marido exagerando su vulnerabilidad. No sabía cuántas veces la había encontrado medio inconsciente en la cama conyugal, había amenazado con colgarse, con saltar al vacío o, simplemente, con dejarse morir de pena. Sin saber muy bien por qué, él había asumido la misión de salvarla de ella misma y recibía cada una de sus puyas como una invitación para demostrar su motivación, su amor. Marc pretendía ser el caballero que salva a la delicada princesa.

Pero a veces las convicciones se tambalean. Cuando las escasas recompensas tienden a desaparecer, cuando al final, casi sin percatarnos, solo taponamos las brechas que nos hacían tan sensibles a la llamada del vacío. Cuando ya no necesitamos salvar vidas para sentirnos vivos. Annabelle se daba cuenta de ello. Sencillamente, si ella lo perdía, perdía su muleta, su apoyo, es decir, su sostén. Sin nadie que la mantuviera mientras ella echaba un polvo con quien fuera, tendría que ponerse a trabajar. Y eso era, desde cualquier punto de vista, inconcebible para ella. Al principio había intentado engatusarlo, volverlo a seducir, reinterpretar una gran escena de amor. Pero la obra era de otro tiempo y su actuación poco convincente. Poco a poco Marc se desentendía, Annabelle se agriaba y se secaba. Nada hay más deseable que lo que estamos perdiendo. Y dado que era imposible considerar un futuro sin divorcio, estaba claro que ella no quería que fuera feliz. Peor aún. Ella quería que fuera infeliz. Que estuviera hecho polvo. Incapaz del más mínimo reencuentro.

Los seis últimos meses fueron un infierno. Humillaciones, vejaciones, acoso, se sabía la partitura al dedillo y la tocaba magistralmente. Hasta el movimiento final, que la condujo al infierno.

Hace meses que Barbara vive con el miedo en el cuerpo. Un miedo irracional que no le da tregua y que ha renunciado a comprender. Vive con una angustia difusa, eso es todo.

Esto le cae encima de golpe y porrazo, como un puñetazo en el estómago que le corta la respiración. El diafragma lucha y se agita para activar los pulmones. Eso tira fuertemente de su vientre y forma una especie de bola de terror instalada en lo más profundo de ella misma. La siente crecer día tras día, cada vez más dura, más negra. Como un montón de mierda que, estreñida, no consigue excretar. Como un cúmulo tan enorme de mierda, tan arraigado en sus entrañas, que expulsarlo la partiría en dos y al final la haría explotar. Por lo tanto, se contiene y trata de ocultar su angustia.

No obstante, a veces el miedo es más fuerte y se despierta con pesadillas pobladas de monstruos con bigote que tienen la voz de su padre, la penetran y la mancillan con su verga embadurnada de heces. Entonces se despierta de sus sueños, bañada en sudor, convencida de que no puede luchar contra el cambio que se está produciendo en ella y que solo podrá llevarla a lo peor. Porque, en cualquier caso, solo se puede acabar mal cuando se lleva la vida de Barbara, atrapada entre una madre que la incordia y un secreto que garantiza el infierno. Esas noches, para calmarse, Barbara se levanta de la cama y come, vacía la nevera como si estuviera muerta de hambre, sustituyendo la mierda por un poco de consuelo azucarado, solo el tiempo que dura el alba entre dos luces.

Sin embargo, está lejos de engañarse. Lo que vive está muy lejos de parecerse a la felicidad. En el trabajo, los masajes y las tareas de limpieza que las zorras de sus compañeras le endilgan sin escrúpulos le están destrozando la espalda. Siempre se encuentra mal. Un dolor

que nace en los riñones y se expande hasta las costillas le impide a menudo respirar normalmente y eso hace más duro el trabajo. Sin hablar de las burlas y las humillaciones cotidianas. Adiós a la ambición de emanciparse o de tener, aunque sea solo un poco, autoridad sobre su madre o el control de su vida. El invierno ha helado sus esperanzas, la primavera ha apedreado sus deseos, el verano ha terminado de resecaarla. Ya han pasado tres estaciones y el otoño incipiente no parece más halagüeño que las demás. Un año en cuatro tiempos que transcurrirá con la misma indiferencia implacable que los otros, deambulando un año tras otro sin pasión hacia la tumba.

—Me llamo Barbara —repuso tímidamente a sus nuevas compañeras ese famoso lunes que no cambió nada en su vida.

—¿Barbara? ¡Oh, es un nombre muy largo! ¡Nunca podré llamarte así!

—¡Yo tampoco! Suena como «bárbaro». ¡Queda fatal delante de los clientes!

—Jenny y Marine tienen razón, señorita. Aquí se llamará Barbie. ¡Es un bonito diminutivo y recuerda a la famosa muñeca!

Bertille Molinas, la jefa, así lo había decidido, lo que hizo carcajearse a las dos malas pécoras, Jenny y Marine, sus dos compañeras que eran tan tontas como malas. Sin embargo, Barbara lo aceptó encantada.

—Gracias, señora Molinas —dijo.

¡Gracias! ¿Gracias por qué? ¿Por darles a estas zorras un motivo para el pitorreo? Barbie por aquí, Barbie por allá. Y sigo asintiendo tenazmente con mis tonos remilgados. ¡Si ellas supieran! Barbara sonríe cuando piensa en su pequeño secreto. En parte se lo debe a ellas, pero se cuidará mucho de revelarlo. Porque solo es de ella y aún tiene que perfeccionarlo un poco.

Su secreto. Barbara no se pone manos a la obra hasta que está segura de que la señora Molinas no volverá al instituto y que las otras dos cabronas se han largado. Normalmente, ellas no se enredan más de la cuenta. Tienen demasiada prisa por encontrarse con el novio de turno. Es entonces cuando Barbara enciende algunas velas y procede a su metamorfosis. Es cuando la verdadera «Barbie» entra en escena.

La idea le surgió por los incesantes comentarios de sus compañeras, a las que no les parece suficientemente transparente y la creen

poco dispuesta para el oficio de esteticista. Algo de razón no les falta, pero es difícil pasar de esa banalidad que la protege de las miradas y de las agresiones a un *look* más femenino y sugerente. Barbara siempre había sabido que con un toque rosa por aquí, un escote por allá... Pero ¿cómo intentarlo, si la más mínima coquetería podría provocarle la sensación de estar traicionado a su anciana madre?

Por muy curioso que parezca, fue gracias a Sweet Doriane que logró dar este paso.

La mano de la muñeca estaba estropeada. Barbara había intentado darle un poco de color, arreglarla con cola. Pero no funcionaba. Es más, el descascarillado no solo parecía reacio a arreglarse, sino que se extendía. Primero una fisura aquí, casi invisible, después un desconchón allá, después otro, y otro. Inevitablemente, la mano de la muñeca se resquebrajaba. Al principio esto le pareció insoportable, como si la muñeca tuviera el síntoma de sus propias fisuras, lo que le recordaba que hasta la más bella de las criaturas acaba decrepita. Angustiada, la joven había buscado las primeras señales del paso del tiempo en su propia piel, convencida de que estaba tan unida a Sweet Doriane que rápidamente presentaría los mismos síntomas. Pero no ocurrió nada. Al contrario, estaba más radiante y más viva, como nunca antes lo había estado. ¿Acaso su pequeño clon le servía de muro para parar los embates del tiempo y de la locura? ¿Incluso sería posible que cuantas más pruebas superara, mejor se revelaría a sí misma? Así fue como a Barbara se le ocurrió la idea de convertirla en su conejillo de indias, su modelo para maquillaje, un *alter ego* para maltratar con el fin de liberarse.

Los primeros retoques fueron sutiles.

Era muy fácil coger prestado maquillaje en el instituto y al día siguiente dejarlo en su sitio sin llamar la atención de la señora Molinas. Barbara no se cortó. Empezó por la sombra de ojos. Negro para un ojo carbonoso contrastando con la palidez de la cara. También se había atrevido a pintarle de rosa la mejillas y la boca con carmín. El resultado fue francamente vulgar, desentonaba con el virtuoso aspecto y con los tirabuzones de la muñeca, dándole ese aire provocador que tienen las niñas de hoy.

Barbara siempre ha sabido que las niñas atrevidas han de ser castigadas. Las que han provocado a sus papás y a los hombres por

la calle acaban recibiendo lo que se merecen y más. Las pequeñas putas son las que mejor saben mezclar el género y la edad.

—¡Mala! ¡Eres mala, Sweet Doriane! ¿Crees que no me doy cuenta de tus artimañas? ¿Crees que te lo voy a permitir? ¡Toma! ¡Ahí va otra! ¡Te lo mereces!

Así fue como la otra mano de la muñeca empezó a su vez a resquebrajarse, aplastada por los zapatos de Barbara. Sweet Doriane había encajado los golpes sin quejarse, sin que su maquillaje se corriera. ¡Faltaría más! Sabía mantener el tipo.

Días más tarde, mientras la muñeca exhibía unos pequeños y patéticos muñones en lugar de dedos, Barbara lucía un barniz impecable en sus uñas de esmerada manicura.

Decidió quitarle los atributos infantiles a la muñeca, que desde que estaba maquillada parecían grotescos.

—De ese modo no tendré que enfadarme.

Adiós a los tirabuzones. Adiós al vestido infantil. ¿Quién ha dicho que las muñecas siempre han de representar niñas? La joven había pasado varias noches cosiendo, pero el resultado había valido la pena: con el pelo encrespado, los párpados antracita y el vestido entallado, Sweet Doriane se parecía a una estrella del rock depravada, una Lilith puesta de ácido. En consecuencia, Barbara había empezado a pintarse también. Boca escarlata, ojos con sombras y escote de vértigo. Incluso, sin saber muy bien por qué, se había comprado una extraordinaria peluca rubia. Tal vez tuviera una vaga imagen que le flotaba en su cabeza, que venía desde lo más profundo de ella misma. Una imagen que le gritaba que debía reinventarse en su totalidad para mostrarse del todo. Se había pulido casi todo el sueldo, pero había logrado su meta y estaba irreconocible cuando procedía a su propia transformación, tras cerrar el instituto, para convertirse en alguien tan hermosa y excitante como la famosa muñeca. Hasta ahora, solo justificaba su alias. Pero estaba dispuesta a apropiárselo.

Por supuesto, la «criatura» nimbada por la luz de la velas y de un aura extremadamente femenina, que se mostraba a través de la vitrina, no había pasado inadvertida en el barrio.

Todo había empezado una noche de invierno, unas seis semanas después de empezar a trabajar, algunos días después de sus primeros pasos en la piel de una verdadera Barbie. Un elegante cincuentón entró en el salón preguntando tímidamente si los servicios eran

solo para mujeres. Barbara le aseguró que la clientela era mixta y, por descontado, le propuso el masaje vigorizante «especial para hombres de negocios estresados».

—¡Ah! ¡Tiene usted manos de seda, señorita!

—Muchas gracias, señor.

—La verdad es que tiene oro en las manos.

—Muy amable.

—No, en serio, sus manos podrían ser muy rentables si...

—¿Si qué?

El hombre se calló un momento como para sopesar los pros y los contras. Después soltó con voz grave:

—Si por suerte usted pudiera llegar hasta el «final feliz». Quiero decir... Un masaje completo, señorita.

—Ofrecemos modelados de cuerpo entero: cabeza, tronco, miembros.

—¿Ah sí? Eso. ¿Miembros?

—Sí señor. Los brazos y las piernas no se deben desatender cuando hablamos de un modelado corporal. También hacemos reflexología podal. Es ideal para suavizar las tensiones.

—¿Todos los miembros?

Barbara permaneció en silencio un instante, intentando comprender lo que evidentemente se le estaba escapando. Pero fue en vano.

—Yo... señor, no entiendo su pregunta.

El cliente se dio entonces la vuelta. Acostado de espaldas, la toalla arrugada bajo sus nalgas, su sexo en erección. Barbara comprendió y dio un paso atrás.

—¡No! ¡No tenga miedo! ¡No voy a exigirle nada, si no quiere!

La joven se quedó paralizada. Miraba fijamente, incrédula, el pene turgente que parecía no querer desempalmarse. Tuvo la ridícula impresión de que esa especie de cíclope también la miraba.

—Es normal que... —dijo él, un poco molesto—. Soy un hombre y necesito un poco de actividad. Y tal como puede ver, usted no me deja indiferente. Estoy limpio y tengo buena salud. Si aceptara ocuparse un poco de mí, estaría encantado de darle una propina más que generosa. Nadie va a enterarse, será nuestro pequeño secreto.

«Nuestro pequeño secreto.» El hombre había hablado muy rápido, como para sacarse de encima la parte más agobiante de su proposición. Esperaba impaciente la respuesta de la joven. La incertidum-

bre de su reacción parecía excitarle aún más. A Barbara el corazón le latía a mil por hora al observar las pequeñas oscilaciones del cíclope. «Nuestro pequeño secreto.» Estas tres palabras le provocaban una extraña sensación. Eran dulces como una promesa de amor incondicional y duras como una zambullida brutal en agua helada, como la inmersión prematura de una niña en el mundo de los adultos. «Nuestro pequeño secreto.» Una fórmula tan peligrosa y tan familiar.

—De acuerdo.

¿Era ella quien había pronunciado esas palabras? Barbara apenas reconoció su voz. Quizá porque era Barbie la que había hablado. Empezó a temblar levemente y a sentir una extraña excitación que nacía en el vientre y que le hacía latir el corazón todavía más rápido.

—Entonces ven y chúpamela.

La voz del hombre había cambiado ligeramente a una más febril. El tono era más seco. La chica podía notar su tensión, su urgencia. Sin saber muy bien cómo, lo hizo. Los hombres muy rara vez se dan cuenta de la inexperiencia, centrados solo en su placer.

—¡Sí, muy bien! ¡Sí! ¡Así! ¡Tienes talento! ¡Eres perfecta!

¿Talento? ¡Tenía talento! ¡Estaba completamente a su merced e incluso iba a pagarle por eso! Ella tenía el sexo de un hombre en la boca ¡y a él le gustaba! En ese momento sintió una sensación de poder como nunca jamás había tenido. Volvía a tener el control de su vida, luchaba contra la gran angustia de ser aspirada por el vacío. Redobló los esfuerzos y se prestó voluntariamente a los movimientos que él empezaba empujándole la cabeza.

—¡Sí! ¡Eso es! ¡Aquí! ¡No te muevas!

El hombre le sujeta la cabeza y la mantiene con la garganta muy apretada alrededor de su sexo que él ha enterrado hasta la campanilla, tan profundamente que Barbara habría vomitado. ¡Barbara quizá, pero evidentemente Barbie no! Barbie concentró toda su energía en permanecer inmóvil, esperando la descarga y a tragársela como es debido. Para que él siguiera pensando que era buena. Para que estuviera orgulloso de ella y le diese una buena propina. Como se da una muñeca a una niña buena.

Una vez acabado el asunto, el hombre se vistió rápidamente, a un tris de pillarse sus partes con la cremallera del pantalón. Debía de sentirse avergonzado. Por extraño que parezca, la idea le gustó tanto a la joven que en ese preciso momento tuvo la sensación de

estar disfrutando. Le tendió la mano para que él le diera un billete. Cincuenta euros.

—La próxima vez serán cien —dijo—. Y si quieres follar, ciento cincuenta.

Él no respondió, pero ella sabía que volvería, y también que le daría lo que le había pedido.

Ella no se equivocaba. Tenía el poder de llevarlo hasta el orgasmo. Se convirtió en un cliente habitual de sus «finales felices». Estaba claro que había corrido la voz, porque otros hombres vinieron a solicitar sus servicios a la hora del cierre. Naturalmente, al principio tenía miedo de que la señora Molinas irrumpiera en el salón sin hacer mucho ruido o que alguna de sus colegas se hubiese olvidado alguna cosa y la sorprendiera. Pero a medida que transcurría el tiempo, el miedo desaparecía. En su lugar, la emoción, el poder, el dinero. Entre mil y mil quinientos euros iban directamente a su bolsillo cada mes sin que su madre se enterara. Se había permitido regalarse un perfume de verdad, un perfume de mujer que huele a puta de lujo, y vestidos sexis. Para Barbie.

Transformar a Sweet Doriane le había ayudado en su propia metamorfosis. Incluso cuando iba por la calle como Barbara, sus pasos eran seguros, y su caminar, suave y felino. También su cuerpo había cambiado. Seguramente a causa de su sexualidad desaforada. Sus pechos estaban llenos; literalmente, ella brillaba. Barbara ya no dejaba a los hombres indiferentes. Incluso tenía un amiguito. Se habían conocido en un bar, una mañana que ella necesitaba un café bien cargado. Se llamaba Raoul y trabajaba en un garaje a dos manzanas del instituto. Por supuesto, él no sabía nada de su pequeño negocio, y así debía ser. La tomaba por una chica más bien reservada que había que tratar con tacto. Apenas se habían besado.

El teléfono suena y la saca de sus ensoñaciones. Precisamente es Raoul.

—¿Sí?

—Hola, miss, ¿qué haces esta noche?

—Pues... Nada. Tengo que hacer unos recados y después volveré a casa.

—¡Joder, tu vieja es un coñazo! ¿No puede dejarte vivir un poco?

—No hables así de ella, sabes que eso me duele.

—Lo siento, Bébé, pero te echo de menos. ¡Me gustaría verte! Pasar la noche contigo.

Barbara sabe lo que eso significa. Raoul quiere consumir. Es comprensible, pero a ella ¿qué le aportará eso? El sexo no es exactamente lo que más le interesa. En una relación no tarifada le cuesta mucho demostrar entusiasmo. No obstante, si quiere que lo de Raoul dure, está obligada. Al fin y al cabo, podrían casarse, lo que la ayudaría a emanciparse de su madre. Sí, ese podría ser el beneficio de acostarse con él. Barbara suspira. Tendrá que considerar esta opción, pero no ahora, no tiene tiempo.

—Yo también —miente ella—. Pero realmente no puedo. Sé que te estoy pidiendo mucha paciencia, pero créeme, ¡no te arrepentirás!

—Así lo espero. Porque no me gusta que me tomen el pelo.

—¡Te juro que no es el caso!

—Vale, de acuerdo. Entonces ¿cuándo? —insiste él.

—El próximo viernes. Le diré a mamá que tengo que hacer inventario en el instituto.

—¿Prometido?

—Sí.

—Muy bien, miss. ¡Buenas noches con mami!

No tiene tiempo de calibrar la ironía de las palabras de su amigo, ni de pensar que acaba de prometerle que se acostará con él la semana que viene. ¡Es demasiado tarde para eso!

Lleva la peluca rubia, maquillaje agresivo, ropa demasiado ligera para la época del año. Barbie se da prisa y entra en el lujoso vestíbulo. Es la primera vez que un cliente la cita en un hotel. Y además, un cinco estrellas. Algo le dice que podría acostumbrarse rápidamente a este confort, a esta tupida moqueta bajo los zapatos, a la deferencia del personal que le transmite la sensación de ser alguien importante. Por supuesto, el hotel es algo más serio que el instituto. Es un paso hacia arriba, sin que el cliente sienta el temor de que le sorprendan, y la certeza de poder ir mucho más lejos. Quizá de hacerle daño. Pero el dolor no es importante. Ya forma parte de su vida, entre los calambres en las lumbares y la rabia que la consume. Está dispuesta a encajar lo que sea. El cliente le ha prometido trescientos euros por la velada. Y Sweet Doriane la cuida desde un rincón de su cabeza.

El hombre no se atreve a sentarse. Está ahí de pie, como un gilipollas con los brazos caídos y balanceándose de un pie al otro.

—¿Tienes ganas de mear?

—Sí.

—La puerta al final del pasillo.

El tipo pasa delante. Percolès lo agarra del brazo al pasar.

—Atufas. ¿Cuánto tiempo hace que no te lavas?

—No sé, jefe. Algunas semanas.

—Di mejor algunos años. Me vas a hacer el favor de ducharte. En el cagadero hay de todo. Aprovecha para frotarte bien.

Ese pobre tipo seguramente ya no se acuerda de cómo se hace. Pero después de esta noche, cuando vuelva a su miserable vida, habrá tenido la sensación de ser un tío normal que ha ido a cenar a casa de un colega. No es mucho, pero menos es nada. Además, eso le obliga a comportarse como los demás, a tener una sensación de normalidad. Marc suspira y renquea hasta la cocina. Esta noche hará espagueti a la carbonara. Un tinto corriente. Queso. Una cena que siente bien al estómago. Una cena de hombres.

—¡Menudo cacharro!

Marc se sobresalta. Con el ruido del agua hirviendo no se había percatado de que el vagabundo regresaba de la ducha.

—Deja eso ahora mismo.

El tono es lo suficientemente amenazante como para entender el mensaje. El vagabundo deja con precaución el revólver encima de la repisa de donde lo ha cogido.

—¿Qué eres, una especie de gánster? ¿Por qué me has sacado de la calle? ¿Buscas a alguien que te haga un trabajo sucio?

—No soy un gánster, soy poli.

El tío se ríe a carcajadas.

—¡Sí, hombre, seguro! ¡Un poli que ayuda a un sin techo y le da papeo! ¿Sabes de alguno más como este?

—Busca en el bolsillo interior de mi chaqueta.

—¿Qué?

—Vamos, ve y mira.

El hombre lo hace y saca la tarjeta tricolor de capitán. Retrocede tres pasos.

—Joder, ¿qué es este marrón? ¡Sabía que esto apestaba! ¿Qué quieres de mí? ¡No he hecho nada!

—¡Cálmate! Me he cruzado en la calle con un tipo que al parecer hacía mucho tiempo que no había comido un plato caliente. Tengo derecho a ser policía y al mismo tiempo ser humano, ¿no?

—Yo no sé nada, no quiero líos.

—Desde tu punto de vista, ¿qué riesgo corres aceptando cenar conmigo?

—Vale. Pero es un poco raro.

—¿Y qué? Vamos a comer antes de que la pasta se pase, ¿no? ¿Cómo te llamas?

—Patrick, con una c y una k.

—Gracias, ya sé cómo se escribe.

—Digo esto porque el otro día un colega tuyo me cogió. Se llamaba Patrik. Decía que para un poli es mejor sospechar a no tener caso.

—¡Un gracioso!

—Francamente, no.

Patrick parece relajarse un poco. Marc le señala una silla y le invita a sentarse a la mesa.

—Pero insisto, eres un tío raro.

—¿Por qué?

—Bueno, ¿por qué yo?

—Porque no me ha gustado lo que he visto en tu mirada. Y menos me hubiese gustado no hacer nada para ayudarte.

—¿Eres una especie de buen samaritano?

—Sí, seguramente es eso. Nunca he podido dejar de recoger pájaros caídos del nido.

—Salvo que los pájaros, cuando ya pueden volar, se te cagan en la cara.

Visiblemente orgulloso de su grosería, Patrick empieza a carcajearse y enseña una piorrea dental que haría estremecerse al más sádico de los dentistas. Sin saber muy bien por qué, Marc a su vez empieza a reírse. Hacía siglos que no le ocurría. ¿Quizás el vino? El poli y el vagabundo se ríen a mandíbula batiente. Patrick es el primero en serenarse.

—Tu chisme no es un arma reglamentaria.

El capitán para en seco de reír.

—No —contesta antes de engullir un enorme bocado de espaguetis.

—¿Por qué tienes eso en casa?

—Soy coleccionista.

—Ah, claro. ¿Dónde guardas las otras armas?

—No te he invitado para que me sometas a un interrogatorio. Ese es mi papel.

—Disculpa, jefe. Pero ¿qué puede importar lo que me digas? No soy yo quien se va ir de la lengua.

Marc se zampa otro bocado de espaguetis y apura un vaso de vino hasta la última gota, antes de levantarse y coger el arma.

—¡Eh, tú! No hace falta que me mires así —dice, asustado, el vagabundo.

—Querías saber...

El capitán abre el tambor. En el interior, una bala. Una sola. No hay que ser muy listo para entenderlo. Patrick se levanta de un brinco.

—Mira, jefe, si has hecho todo esto para encontrar un compañero de ruleta rusa, ya puedes guardar la pipa, ¡yo no juego! ¡Me gusta la vida!

—¿Te gusta la vida? ¡Pero qué dices! Estás en la calle, apestas, no tienes nada que echarte a la boca, seguramente te vas a morir de frío o por una enfermedad.

—¿Ah, sí? ¡A los escarabajos peloteros les gusta mucho su mierda! Y a mí me pasa lo mismo. Quizá te parezca el colmo de la decadencia, pero a mí, la calle me mola. He sido un tío normal. Sé lo que es perderlo todo de la noche a la mañana. El trabajo, la mujer, un techo que te cobije. Pero mira, aunque repugne a las jovencitas que huelen bien o que nadie se atreva a mirarme a los ojos, eso es lo que tengo y me gusta. Soy libre. Solo necesito una rejilla de aire

caliente del metro en invierno o un parque en verano para sobar tan pancho. Además, cuando alguien me ofrece un plato de pasta, sé apreciarlo como nadie. Seguramente más que cuando era un tío que aún tenía ambiciones. ¡De verdad, eres muy amable, pero no cuentas conmigo para tus delirios!

—Está bien lo que dices. Es estupendo poder ver el lado positivo de tu situación.

—¿No te pasa lo mismo?

—No. Pero créeme si te digo que jamás ha sido mi intención invitarte a jugar. Es solo para mí. Mi pequeño placer solitario. Mucho más eficaz que una paja.

La ruleta rusa. Un verdadero juego de suicida tarado. Marc no sabría decir por qué empezó a jugar. Lo que sí sabe es cuándo empezó y lo que le proporciona. El deseo apareció cuando volvió del hospital, y era tan fuerte que le fue imposible reprimirlo. Se acuerda perfectamente de haber sacado el revólver —el que era de su padre— de su estuche y acariciarlo como si fuera un ser vivo. Lo siguiente pasó, fue como en un sueño, en un segundo estado, casi hipnótico. Poner la bala en el tambor, hacerlo girar, apuntar con el dorso de la mano izquierda para lacerarse más en caso de mala suerte, para sufrir, para poner a prueba su cuerpo otra vez y decirle: «Ya ves, aún puedo soportarlo. O puedo infligirte un castigo mayor». Desposeerse del cuerpo y volver a apropiárselo de nuevo, gracias al dolor.

Primera presión sobre el gatillo de una larga serie de disparos abortados. Clac. Nada. Aguantarse las ganas de volver a empezar enseguida. Deleitarse con la frustración de poder hacerlo solo una vez por noche. Aguantar. Resistir con toda su fuerza de voluntad. Volver a empezar y apuntar a la rodilla huérfana, a los muslos, a las sienes, a la garganta. Y sorprenderse una vez más de continuar estando vivo.

—¿Es por lo que te pasó? —pregunta prudentemente el vagabundo señalando la rodilla con la barbilla.

—¿A ti qué te parece? —dice irónicamente el capitán.

—Bueno, cojeas. ¿Has tenido un accidente?

—¡Mi mujer me partió la cara!

—En serio, ¿hace mucho que haces esto? —insiste el vagabundo.

—¿Eso de la ruleta? ¡No el tiempo suficiente, claro, porque sigo aquí! ¡A no ser que tenga la suerte de un cornudo! ¡Ja ja ja!

La risa suena falsa y retumba en el cuarto repleto de fantasmas. Marc decide poner fin a la conversación, su risa no puede dar paso a las lágrimas. Cuestión de honor.

—¡Bueno, ahora lárgate! Quiero estar solo.

—¿Seguro, jefe? Escucha, has sido muy amable conmigo, no te voy a dejar con ese...

—¡LÁRGATE! —grita el capitán apuntando con la pistola al sin techo—. Lárgate o te disparo. ¿Te parece que tengo mucho que perder?

—¡Vale, vale! No te pongas nervioso, jefe. Gracias por la pasta, de verdad. Espero que...

—Lárgate.

Patrick se calla, coge su abrigo y deja a su anfitrión entregado a sus malsanos juegos. Después de todo, no es su problema si a un madero cabrón le apetece saltarse la tapa de los sesos.

Apenas diez segundos tras el portazo, el tintineo anunciador del indulto: otra vez la bala no se ha disparado. Marc se levanta y, furioso, barre la mesa de un manotazo. La vajilla se hace añicos contra las baldosas. El mismo sonido de cristales que explotan. Entonces se desmorona, cae y llora casi hasta la asfixia, grita y da puñetazos en el suelo, una vez, otra y todo el tiempo que necesita para disipar la rabia. Para sacarse a Annabelle de la mente.

Annabelle era depresiva. Al menos eso era lo que ella transmitía, después de quince años plagados de intentos frustrados de suicidio. Pero sus amenazas habían acabado por no impresionar a Marc. Así pues, durante los meses que precedieron a su muerte, ella cambió de estrategia. Estaba siempre al acecho, lo culpabilizaba, lo torturaba. Como estaba decidido a dejarla, eso no podía afectarle demasiado; así lo creía él. En cualquier caso, él no protestaba, y esa actitud sacaba de quicio a su mujer. Al final de una enésima discusión, en el coche que lo salpicaba todo a su paso, ella intentó volver a sus clásicos.

—¡Ya no soporto tu maldad! ¡Sé muy bien que te sentirías aliviado si yo desapareciera!

—¡Deja ya de repetir las tonterías de siempre!

—¡No son tonterías, Marc! Me voy a quitar de en medio. Así podrás librarte de mí.

—Muy bien, de acuerdo, hazlo. ¡Hace tanto tiempo que me das la brasa con ese rollo, que me pregunto por qué todavía sigues aquí!

—¡Vale! ¡Pero no te daré el gusto de dejarte solo!

Por supuesto, él no pensaba en lo que decía. Era pura provocación. Evidentemente, estaba lejos de imaginar que pondría en práctica sus amenazas. Aquí, ahora, en este coche. Con él dentro.

Annabelle agarró el volante antes de que él pudiera darse cuenta de lo que pasaba. Ella giró el volante e hizo que el coche diera un bandazo. Delante, un camión. Claxon sonando, señales con los faros, neumáticos que chirrían. El reflejo de evitarlo, *in extremis*. Las ruedas se bloquean y el coche da un patinazo hacia la derecha. Dirección al abismo. Gritos explosivos de Annabelle que le retuercen los tímpanos. Damian Saez que se excita en las ondas anacrónicas. Primera vuelta de campana. Segunda, y muchas más. El tiempo de decir «¡mierda, no llevo el cinturón!». Eyección del vehículo, la piel que se rasga por todas partes cuando el cuerpo atraviesa el parabrisas. Coche que sigue descendiendo. Árbol que se desploma sobre tus piernas. El fuego que te despierta y te alerta. Una mirada hacia el vehículo y Annabelle que no consigue abrir la puerta. Llamas que ganan terreno. ¡Tu mujer que comprende que va a palmarla! Aterrorizada, escupe, llora, vomita. ¡Llamas que la lamen, la devoran! Su voz monstruosa, animal, clama mientras muere quemada viva. La imagen indefectible del cuerpo que se contorsiona y se lanza, desesperado, contra el cristal, después se acurruca, vencido, se arruga. El extraño olor de gasolina y de carne asada. Demasiada información. Demasiado horror. Vomitar. Gritar y desear morir allí mismo. Después el *black-out* para olvidarlo todo. Salir de este infierno. Hacer como si nada de todo eso hubiese pasado.

Al despertar, ningún dolor. Quizá porque el cuerpo había tenido tiempo de recuperarse —diez días en coma inducido ayudan—, o gracias a la morfina. Ningún dolor. Una angustia difusa, difícil de explicar entre la niebla de su extraño éxtasis. El primer intento de levantarse. La incompreensión. La incoherencia entre esa pierna que uno cree notar y el muñón que explora, incrédulo, como si se tratase de un chiste malo, como si no fuera consigo, como si alguien fuera a aparecer con tu pierna para pegártela.

Después la incompreensión, la rabia, las ganas de pelearse hacen que se recupere.

De nuevo la caída.

Luego el recuerdo de las últimas imágenes vistas antes de zozobrar. El horror en estado puro.

Odiar a su mujer, maldecirla, querer resucitarla para cargársela con sus propias manos, después intentar olvidar a esa cabrona por la que uno está aquí, en una cama de hospital, y llorar consigo mismo. Acordarse de su cuerpo antes del accidente y saber que nunca nada será como antes. Que esto es para siempre. Llorar. Después racionalizar un poco, para que las cosas sean soportables, y decirse que es impropio, para un poli, perder una pierna en un accidente. Si hubiese sido durante un servicio, habría tenido más sentido. Ignorar todavía que se le hundió la caja torácica. Que ha sido necesario zurcirle la barriga y dejarle unas cicatrices dignas de Frankenstein. También hay quemaduras en el cuerpo porque el árbol que se le cayó encima ardió antes de que llegase la ayuda. Asimilar y aceptar poco a poco que le han amputado. ¡AM-PU-TA-DO! Amputado, como follado por una puta. Amputada su pierna derecha, una parte de su corazón, de su mujer. De sus ilusiones.

Nunca más. El capitán Percolès sí tiene un problema con las mujeres. Y le parece muy bien. Porque jamás volverá a ser el juguete de una sádica que no le quiere. Nunca más será un objeto de nadie. Porque aunque la convalecencia del corazón fuera posible, el no querría curarse. Acepta su dolor, sus cicatrices. Le recuerdan de dónde viene y qué es lo que ha pasado. Algo que nunca jamás querrá saber.

El timbre del teléfono saca al capitán de las arenas movedizas de sus recuerdos. A esta hora solo puede ser Gardeni. Marc descuelga.

—¡Hola, Marc! Tengo una buena noticia.

—¿Me han encontrado una pierna nueva?

—No —contesta el comandante, ofendido—, pero te hemos encontrado curro. ¡Irás a la brigada antivicio!

—...

—Bueno, ¿qué? ¿No eras tú quien quería volver al tajo?

—Sí. Ya sabes, lo mío son las putas.

Barbie se frota con algodón húmedo el ojo todavía maquillado. El que ya está limpio mira hacia el espejo con mirada ausente. Ella tiene la mirada vacía, como la de los viajeros que cogen el tren y deciden ignorar el paisaje. Cuando al párpado no le quede ningún rastro de sombra y las pestañas se liberen de la espesa máscara, entonces Barbie se habrá marchado, borrada, disuelta en la leche perfumada. Habrá desaparecido del limbo al que ella ignora pertenecer para dejar sitio a Barbara, sin quien ella no existiría.

El algodón cae en la papelera. Barbara vuelve a tener el control. Ella sabe todo lo que la otra hace. Es ella y al mismo tiempo no lo es. Ella es la autora de la obra, la que la dirige, un Pígalión que solo se permite hablar con voz de muñeca: «Desnúdate.» «Mírale a los ojos.» «Obedece sus órdenes.» «Arrodíllate, sí, aquí, de ese modo.» «Traga.» «Abre».

No está impresionada ni por el lujo de la habitación de pesadas cortinas, ni por el perfume del dinero y de la indecencia que flota en el ambiente. Le gusta esto, follar con hombres y quedarse con su dinero, saberlos a su merced, obligados a pagarse una puta para correrse. Una puta, sí. Una puta. Una PUTA. Esta palabra la obsesiona y resuena cada vez más fuerte desde que lo hace en el hotel, como si esto hubiera oficializado las cosas. PUTA. Esta palabra hace tambalear los principios que un día creyó tener y le deja un sabor amargo. Pero como cada vez que la duda aflora, Sweet Doriane, que desde ahora lleva siempre consigo como un peluche, está aquí para ponerle las ideas en su sitio, consolarla, guiarla. PUTA.

—Este dinero me ensucia tanto como las manos de estos hombres. Me da vergüenza, Sweet Doriane.

—¡No eres tú quien debe tener vergüenza, sino ellos! Los hombres lo cogen todo, si hace falta a la fuerza, lo sabes muy bien. Se merecen pagar.

—Se merecen pagar —repite la joven con voz de autómata.

—Y ser castigados.

—Castigarlos, sí, es tentador, pero...

—¿Pero qué?

—Tengo miedo de no saber parar si empiezo.

Barbara se quita la peluca y la guarda cuidadosamente, junto con su ropa de ramera, en su pequeña bolsa negra. Se levanta, se calza los zapatos y se dispone a abandonar la habitación cuando algo al lado de la cama le llama la atención. Se acerca, se agacha y coge el preservativo, que se balancea como un péndulo. El receptáculo está lleno. No tiene mucho volumen. ¡Y todo por esa miseria! Todos esos jadeos, esas palabras groseras, todo ese sudor por unos pocos milímetros de secreciones. ¡Los hombres son unos cerdos despreciables! Listos para comprometerse con cualquier mujer, siempre que ella sepa chupársela. Una alegría amarga se apodera de ella. Barbara se siente poderosa. La próxima vez, ella tendrá más. Más dinero, más poder sobre el macho. Ella hará pagar al próximo cliente por el mero hecho de ser hombre. Se lo cobrará a todos, a todos aquellos que pasen por sus manos. Se vengará. ¿De qué? No lo sabe, o no quiere confesárselo, del mismo modo que evita preguntárselo, ya que, realmente, solo cuenta el deseo de castigar.

La simple idea de una posible venganza le reactiva la bola de angustia, de mierda, agazapada en su vientre; esa bola que palpita, que empuja, que amenaza con explotar en sus entrañas.

No es el momento. Tiene que retenerla. Volver a casa, controlar la escena que su madre no dejará de montarle. Barbara tira el condón en la moqueta clara y da un portazo a su velada tarifada, con el ánimo abatido.

—¡Barbara! ¡Barbara!

El tono es quejoso y articula un discurso de sutiles acordes enfermizos, pero la joven no se deja engañar. Detrás de la partitura vibrante que la vieja toca a la perfección, la nota es la justa, demasiado bien colocada, implacable. Detrás de este lamento hay mucha exigencia apenas disimulada, toda una sinfonía de reproches que esperan su momento para escapar con sordina.

—¡Ya voy, mamá! ¡Ya voy!

Barbara hace como si entrara rápidamente en la habitación de su madre, simula darse prisa e intenta convencerse de que el engaño funciona.

—¡Veo que resoplas como un buey cebado con hormonas! Engordas. ¿Cómo quieres que algún día un chico se fije en ti, hija mía? —dice la vieja con una risa burlona.

—Te sorprenderías.

Barbara se calla de repente, lamentando su reacción, pero su madre ha dado en la diana. Sabe muy bien dónde pinchar y hacer daño.

—¿Ah sí? ¿Sorprenderme de qué? ¿De saber que mi hija prefiere comportarse como una perdida en lugar de ocuparse de su madre?

La réplica le sienta como una ducha de agua fría. Conoce este tono seco y vengativo que anuncia los golpes que vendrán, esa voz casi metálica que empieza a dominarla un poco. Es inevitable lo que se avecina. El miedo ya está presente. El miedo, la rabia, su impotencia. Todo esto se mezcla y reaviva la bola de angustia que se hincha dentro de ella, cada día un poco más. Ella la nota abultarse, doblar su volumen en su vientre y golpear, golpear. Hacerle daño. Un dolor agudo que se extiende hasta la espalda y le ciñe la caja torácica como una prensa.

¿Está su madre al corriente de sus actividades? ¡No! ¡Imposible! Sólo podría saberlo si la siguiera, y eso es físicamente imposible.

—¡Me encantaría verlo! —insiste la vieja—. ¡Pero no te engañes, hija, solo me tienes a mí! Tú puedes andar por ahí hasta horas intempestivas, pero ningún hombre querrá saber nada de una podrida como tú.

—¡No estoy podrida! —grita la joven.

—Sí lo estás. Desde que eras pequeña. ¡Tú eres el mal, el pecado! ¡Solo atraerás la desgracia, como siempre has hecho! ¡Apesta a mierda y a vicio!

Barbara no tiene tiempo de preguntarse de qué habla su madre, ni qué es lo que ha hecho para que se halle en este estado. La ciega, increíblemente rápida a pesar de su edad, se ha sacado ya el zapato y le atiza un violento golpe en la nariz. Barbara, conmocionada, se tambalea y se cae de culo.

—¡Estás loca, mamá! ¡Estás loca! ¡Ya estoy harta! ¡Voy a largarme, eso es lo que vas a conseguir!

—Ah, ¿quieres dejarme? ¡Ingrata! ¡Cabrona! No te bastó robarme a mi marido, ¡ahora solo falta que me abandones porque ya no me necesitas! ¡Toma esa, niña de mierda!

—¿Robarte el marido? Pero ¿de qué hablas?

La vieja no tiene ninguna intención de contestar. Sigue golpeándola en la cabeza con el zapato, le da patadas en el vientre. El instinto de la vieja hembra le sugiere que hay algún asunto turbio, que no controla, que se le escapa una parte de la historia, y que este capítulo significará definitivamente su final, su sentencia de muerte. En ese momento empieza a golpear con todas sus fuerzas, como si quisiera impedir que toda la mierda acumulada salga de esta infame chiquilla que le robó el amor de su marido, del que tanta necesidad tiene hoy. No debe convertirse en hembra. No. Barbara no puede cambiar, pues entonces estarían las dos perdidas. Por lo tanto, la pegará el tiempo que sea necesario para quitarle de la cabeza cualquier veleidad de emanciparse. Para que sea siempre su pequeña niña dócil y asexuada. Pero de repente, algo la distrae. La vieja detiene su gesto.

—¿Qué es ese ruido?

Barbara no responde. Comparte un sentimiento de vergüenza y un placer malsano. El ruido no cesa y las deja por un momento boquiabiertas.

—¿Te estás meando encima? —dice la vieja un poco más tranquila—. ¿Te estás meando en la moqueta, asquerosa?

Sí. Sin duda, el miedo. Miedo a quedarse en la estacada, como se dice. Seguramente sea eso. Barbara está desconcertada. Ignoraba que su vejiga fuera capaz de albergar tanto líquido. Pero no tiene tiempo para indagar sobre su incontinencia. Marthe Bilessi, furiosa, intenta de nuevo levantar la mano para pegarla. La joven consigue escapar de las garras de su madre y se mueve sigilosamente fuera del cuarto, lejos de su alcance. Se encuentra mal, gimotea, se arrastra hasta el cuarto de baño. Solloza. ¡Le duele mucho el vientre! Está segura de que esta vez no va a poder dominar lo que cree que tiene en el vientre desde hace tanto tiempo. Toda esta mierda.

Se coloca a duras penas sobre la taza del váter, que apenas ve detrás de sus párpados hinchados, se baja las bragas y empuja con toda sus fuerzas. ¡Va a expulsar toda su rabia! El dolor es agudo y le recorre toda la espalda, pero tiene que sacar esa cosa fuera de

ella, cree partirse en dos, que va a cagar sus entrañas. Se agarra con todas sus fuerzas al portarrollos, abre la boca y aspira una gran bocanada de aire, lo bloquea en sus pulmones y después lo saca con un enorme grito de rabia. Un largo chillido ronco que acaba retumbando en la habitación alicatada. Si eso desagrade a la vieja loca, peor para ella. Barbara mantiene los ojos cerrados, aprieta los párpados ante las palabras de su madre. Los recuerdos afloran. Su papá. Su secreto. El dolor. «Papá, me haces daño, ¡para!» El mismo dolor que siente ahora. El desgarró físico. También la pérdida de la inocencia, la sensación que después de esto nada será como antes.

Barbara llora, grita, jadea como un animal salvaje, y al fin nota que la masa se despega de su cuerpo. El tapón de estreñimiento acaba de romperse. Se vacía con una diarrea de sangre y carne, su cuerpo se dilata, se abre, sus huesos se desencajan. Un reflejo inconsciente le hace poner las manos bajo su cuerpo despedazado. Justo a tiempo para coger lo que acaba de salir y que la deja aturdida.

¡No es posible!

Un largo hilo cuelga de su cuerpo.

En el extremo del cordón, un bebé.

